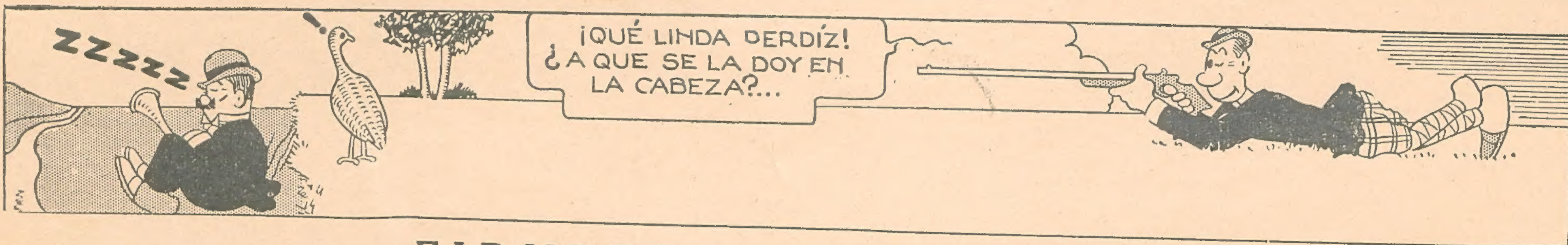
Mundo Argentino



La ondina y el espejo

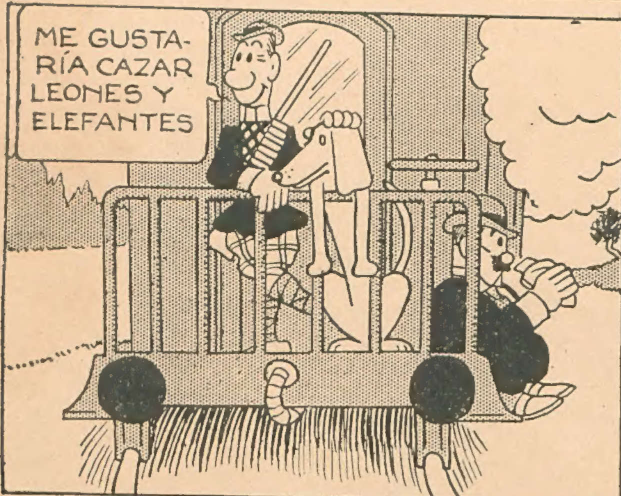


FIRULETE Y RETACON













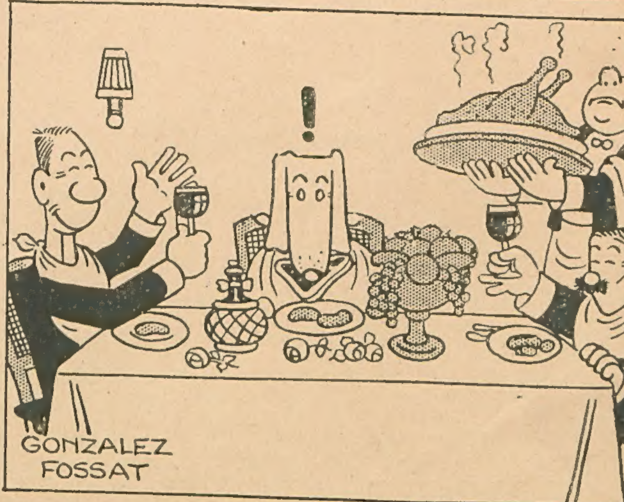












Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES

LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA
EN LA AMERICA DEL SUR

Redacción y Administración:
RIO DE JANEIRO, 252-262
U. T., 63, Almagro, 1120 y 1121
Dirección Teleg.: "Senyah"

Oficina Central para Avisos
y Subscripciones:
AV. DE MAYO, 749 - 5.º Piso
U. T., 33, Avenida, 1472
BUENOS AIRES



ANUNCIOS DEL EXTERIOR

Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AÑO XV — BUENOS AIRES, ENERO 21 DE 1925 — NÚM. 731

Notas de la semana

En la Exposición de la Industria Argentina también se hallan representados los juegos de azar

La característica principal de los juegos de azar, tan deplorablemente difundidos en nuestro país, es la libertad con que se practican y la desfachatez de los que los explotan. Todo lo cual, naturalmente, revela que existe una inexplicable tolerancia de parte de las autoridades encargadas de velar por la moralidad pública.

Una muestra más de esa libertad y de la desfachatez que acabamos de citar, la encontramos en la Exposición de la Industria Argentina, que se realiza actualmente en el local de La Rural, en Palermo, en donde, a la vista y paciencia de la policía y de todo el mundo, funcionan, en lugar especialmente reservado, una veintena de puestos para la explotación de juegos de azar. Esos puestos no sólo están allí por complacencia, sino por voluntad de los organizadores de la exposición, que al autorizar su funcionamiento, cobrándoles un permiso de 200 o 300 pesos, manifiestan así su deseo de ver representada allí una de las "industrias" más florecientes del país: el despojo patentado al inocente prójimo.

¿Cuántas "entradas" a la policía debe uno tener para que lo manden a Ushuaia?

La cinematográfica evasión de penados, acaecida los otros días en momentos en que los presos eran embarcados en el vapor que los conduciría a Ushuaia, ha venido a revelarnos una serie de incorrecciones, de descuidos y de falta casi absoluta de responsabilidad de quienes tienen a su cargo el transporte de tan peligrosos sujetos. En efecto: después que la Dirección de la Penitenciaría Nacional hizo entrega de 103 penados, éstos quedaron poco menos que en libertad, pues una fuerza de cuatro o cinco hombres para cuidar a más de cien forajidos era ridícula.

Pero lo que más ha de llamar la atención de nuestros lectores es que entre ese centenar de terribles malhechores había algunos, como Faustino Felice, que no logró escapar, que tenía registradas nada menos que 64 entradas en la policía.

¿Cómo es posible — se preguntarán los buenos ciudadanos — que haya en el mundo una policía que sólo piense en librar a la sociedad de la presencia de un facineroso, cuando éste haya sufrido 64 prisiones?

No hay que extrañar, entonces, que la delincuencia sea en Buenos Aires, en proporción a otras grandes ciudades, verdaderamente asombrosa en calidad, cantidad y variedad de crímenes, si hay delincuentes que logran, antes de cumplir los 36 años de edad semejante número de "entradas".

¿Se oficializará el juego de taba?

Las autoridades de Jujuy han tenido un rasgo... incalificable. Después de muchos pareceres, han acordado autorizar el juego de taba en todo el territorio de la provincia, con la condición de que sólo debe jugarse los domingos.

Como decimos, ello dió lugar a un largo debate, y se llegó a la conclusión de que el juego de taba no es un juego de azar, sino un juego de pulso, de maestría o de ingenio... En fin, un juego tolerable.

Y preguntamos nosotros: ¿Deja por eso de ser un juego pernicioso, ya que se juega por interés — a veces hasta la camisa y las botas, — y muchas veces acaban las partidas trágicamente?

Un mal precedente de la Caja de Jubilaciones y Pensiones

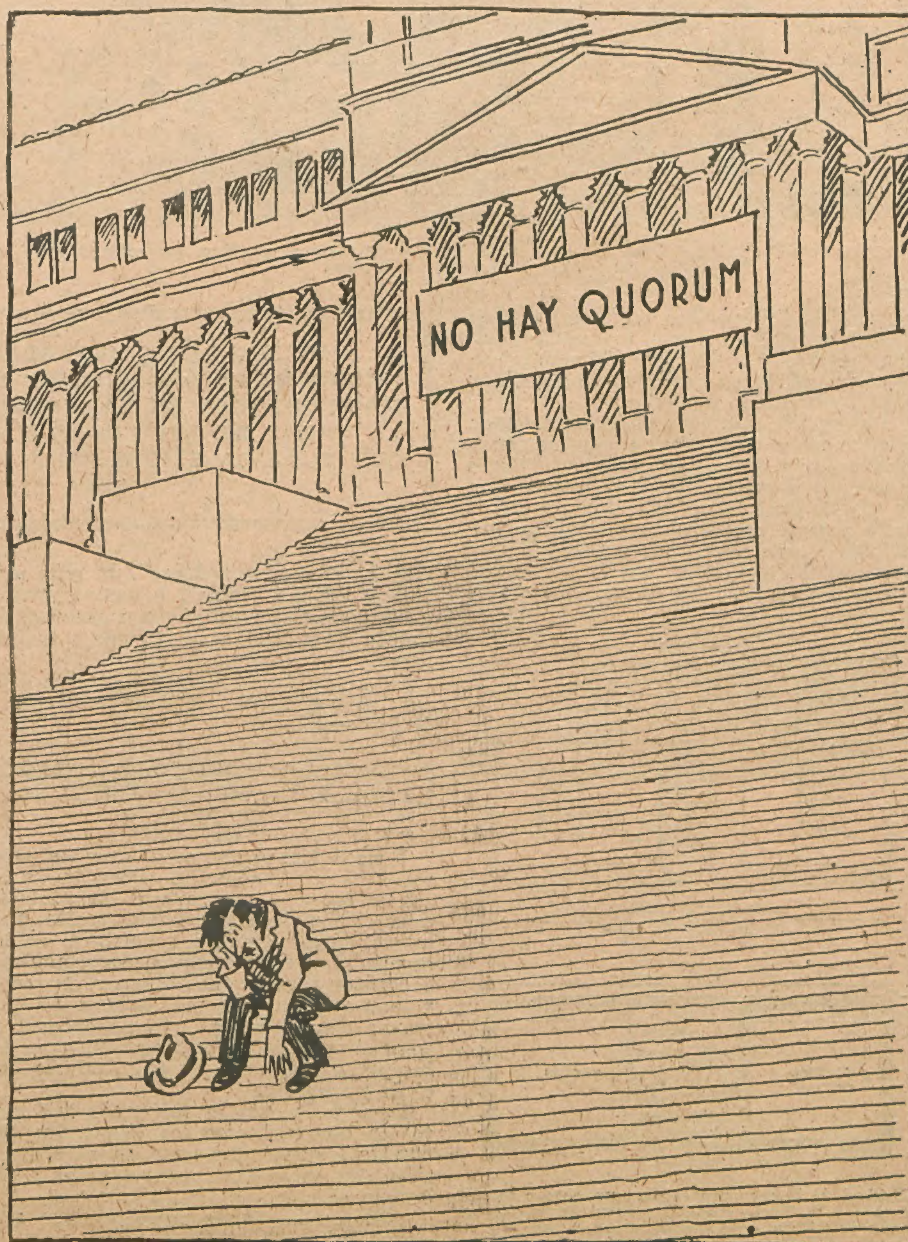
Que los empleados y obreros de la República tienen ahora un motivo bien fundado de alarma, con respecto a la Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones, se evidencia en los procedimientos adoptados por esa institución, entre los que puede señalarse el caso del señor Julio A. Costa.

Creemos que todo hombre que en verdad trabaje, hácese acreedor y digno a esa obligada recompensa; y estamos seguros de que el señor Costa, cuyos artículos han sido leídos por dos generaciones, es merecedor de una jubilación substanciosa. Pero el caso es que los métodos elegidos por este caballero para jubilarse y precipitadamente aceptados por la Caja, vienen a sentar un precedente que, por lo irregular, ha sembrado la alarma entre los miles de contribuyentes de la citada Caja.

El señor Julio A. Costa acaba de jubilarse como diputado y como... periodista. Reunió hábilmente los años que ocupó una banca en nuestro parlamento, y los que se entretuvo escribiendo; y por obra y gracia de esa nueva misericordia de la política criolla, llamada Caja de Jubilaciones y Pensiones, el mencionado caballero se encuentra ahora gozando de una jubilación máxima.

Este caso es caso de alarma. Nosotros nos alarmamos como contribuyentes de la Caja, como periodistas y como ciudadanos. Porque se nos ocurre pensar: ¿cómo tan fácilmente dispone esa Caja de Jubilaciones de nuestros dineros?; ¿cómo tan fácilmente todo aquel que borronea cuartillas en un diario o revista puede ser considerado periodista, y valerse de esa consideración para jubilarse? Y nuestro temor, como ciudadanos, reside en que alcanzamos a comprender qué podas inmensas padecería el fondo de la Caja de Jubilaciones si a todos los diputados y senadores que han pasado por nuestro parlamento, especialmente en aquellas épocas en que eran hechos "a dedo", y diputaciones y senadurías duraban quince, veinte o más años, se les antojase jubilarse...

¡SESIONES EXTRAORDINARIAS!



En Paraná se ha iniciado una acción eficaz en pro de la salud pública

En la ciudad de Paraná las autoridades municipales han iniciado una plausible campaña pro salud pública. Han comenzado por exigir a las personas que comercien con artículos alimenticios certificados de buena salud y pronto procederán a clausurar todo local donde se expendan tales artículos y que no se encuentren dentro de los requisitos exigidos por los reglamentos sanitarios.

La adopción de semejantes medidas en nuestra capital sería de incalculables ventajas para la salud pública. Buenos Aires es una ciudad limpia, pero en la cual las gentes dedicadas al comercio de artículos de consumo, son, casi en su mayoría, muy sucias. Igual cosa podría decirse de los locales dedicados a cocinas de pequeños y aun de grandes restaurantes, fondas, cafés, confiterías y lecherías, especialmente estas últimas que expenden comida cocinada, las más de las veces, en rincones reservados para retretes.

La población de Buenos Aires, que por necesidad o diversión, come en restaurantes públicos, no tiene protección alguna y puede decirse que arriesga frecuentemente su salud. Imitar, por intermedio de nuestras autoridades correspondientes, los procedimientos puestos en práctica por la inspección municipal de Paraná, sería de todo punto conveniente, ya que la mayor parte de las casas de comida, o de aquellas que expendan artículos de consumo, están instaladas en locales inadecuados.

Continuamos recibiendo donaciones para la viuda e hijos de Cayetano A. Silva

Diariamente nos llegan donaciones con destino a la colecta que hemos iniciado en pro de la viuda e hijos de Cayetano A. Silva, el autor de la popular "Marcha de San Lorenzo". Asimismo recibimos cartas del interior, en las que nos piden autorización para encabezar subscripciones, a lo cual no podemos acceder. MUNDO ARGENTINO recibirá el óbolo de cuantos quieran ayudar en esta obra humanitaria, sin autorizar a nadie para que invocando su nombre organice colectas ni para este fin ni ningún otro. Queremos que los que hagan su donación la realicen espontáneamente.

Hasta el momento de cerrar esta edición nos han llegado las siguientes sumas:

Cantidades detalladas en números anteriores	$	976.85
Señor E. Méndez (Rosario)	„	5.—
Srta. Ida Casoli (Capital)	„	1.—
Señorita Joaquina E. Henríquez (Colonia Baron)	„	2.—
Subscripción hecha por el señor Abelardo L. Ceva (Justo Daract)	„	8.20
Tiro Federal de Viedma	„	20.—
Sr. M.B.Medina (Tafí Viejo)	„	1.—
Señor Carlos J. Moltrasio (Rosario)	„	0.50
Srta. Juanita I. Brisco (San Isidro)	„	5.—
Un Criollo (Capital)	„	5.—
Señores Ré Hnos. (Santa Fe)	„	5.—
Señor Luis A. Itchart (Villa Iris)	„	5.—
Total	$	1.034.55

La habitación, el problema más grande que encaran los obreros y empleados argentinos

En Buenos Aires es tal la escasez de viviendas, que se calcula a cinco personas por pieza

El problema de la vivienda en nuestro país tiende a agravarse cada día más, complicándose con dificultades que van multiplicándose rápidamente sin que todavía se vislumbre ninguna perspectiva de solución próxima.

Vivimos en un país sin casas, y lo peor es que el gobierno parece que no se ha dado cuenta.

La carestía de la vivienda provocada por la escasez de casas de habitación, es, sin duda alguna, el factor más directo del encarecimiento de la vivienda, cuyo costo está en manifiesta desproporción con los exiguos salarios y jornales que ganan los empleados y obreros.

Un obrero gana, por mes..	**$ 150**
Como la mayoría de los obreros tienen familia e hijos, se ven obligados a vivir en DOS PIEZAS, o en una CASITA, cuyo alquiler es de............	**„ 80**
Restan, por mes.........	**$ 70**

Sólo les queda setenta pesos, para el imprescindible tranvía, para COMER y VESTIR, ¡hoy día que un sombrero cuesta 10 pesos y el kilo de carne 60 centavos!

Y es precisamente por éstos, por los asalariados y jornaleros, que forman la enorme mayoría de nuestra población y la casi totalidad de la población útil del país, por los que hay que reclamar el abaratamiento y también el mejoramiento de la vivienda. Por ellos y por sus familias de las que saldrán nuestros ciudadanos del futuro, y por sus hogares en los que se están formando esos ciudadanos que mañana serán las fuerzas vivas del país.

En las condiciones actuales, el nivel de vida de los obreros y empleados en nuestro país está muy por debajo del que gozan los de otros países civilizados y algunos no tan ricos como el nuestro.

No hay más que comparar con Norte América, Inglaterra o Australia, donde los salarios y jornales, mucho más elevados que los de aquí, responden con más holgura a las exigencias de una vida sana, higiénica y culta.

En Buenos Aires, sobre todo, donde la extraordinaria afluencia de inmigrantes provoca una aglomeración continua y creciente de la población, el problema de la habitación ha llegado al extremo, y la escasez de casas, provocada y sostenida por los mismos propietarios para poder lucrar más con las pocas que existen, es un ejemplo escandaloso y sin precedentes de especulación.

LO QUE REPRESENTA EL ALQUILER EN EL PRESUPUESTO DE LOS EMPLEADOS Y OBREROS

En la capital, el término medio del jornal de los obreros puede considerarse, con un poco de optimismo, en cinco pesos diarios o ciento cincuenta pesos mensuales, suponiendo que les paguen los treinta días del mes sin descontarles los domingos y fiestas. Tomamos esa base sabiendo lo que gana un albañil, un panadero, un carpintero, un carrero, un silletero, un mimbrero, un cigarrero, un herrero, un sereno... y creemos que ya basta con éstos, porque si hay algunos que perciben jornales más altos, pierden la diferencia porque sólo cobran los días que trabajan en el mes, y les descuentan estrictamente las fiestas y los domingos, con lo que siempre quedamos en lo mismo: ciento cincuenta pesos mensuales.

Por lo demás, ése es también el jornal de los obreros tranviarios, y, aun el de los obreros mejor pagados, que son los del Estado, obreros municipales, etc., no pasa de ciento cincuenta pesos, porque ganan ciento sesenta (ley de salario mínimo) y se les descuentan ocho pesos para jubilación (ley de jubilación). Lo que le dan por un lado, se lo sacan por el otro.

La mayoría de estos obreros son padres de familia, y, con raras excepciones, esas familias nunca suman menos de cinco o seis personas. Podemos, pues, poner como término medio, la mujer y cuatro hijos. Para esta familia, una casa de las que podrían llamarse "pasables" debería constar, por lo menos, de tres piezas, con lo que tendríamos a dos personas por pieza, pero, estrechándolos más vamos a meterlos en dos piezas, lo que ya es antihigiénico, porque tienen que dormir tres personas por pieza.

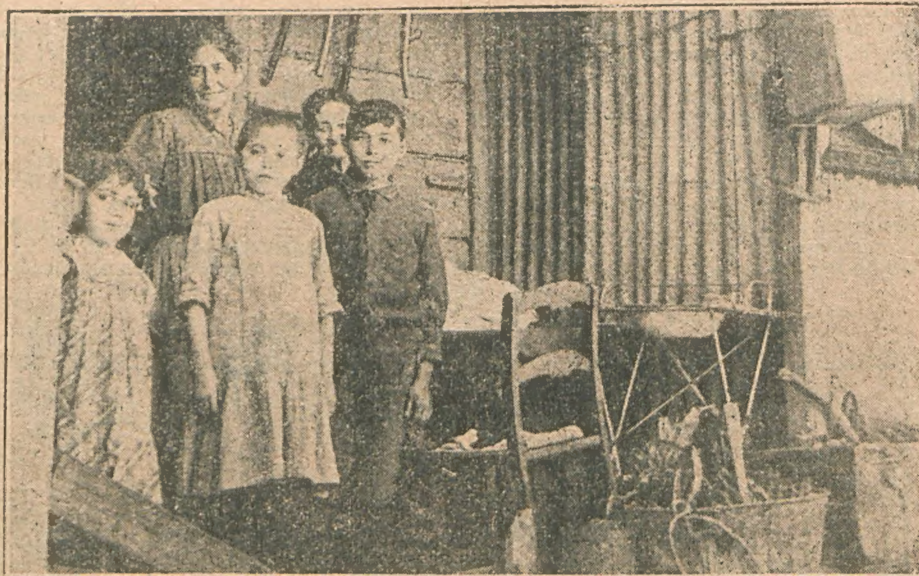
Pues bien: aquí, en Buenos Aires, o, mejor dicho, allá en uno de los barrios apartados, por "donde el diablo perdió el poncho", no es posible conseguir una casita de dos piezas, con "dependencias", por menos de setenta u ochenta pesos mensuales. ("Dependencias" acostumbran llamar los propietarios a una cocinita de 2×1 metros y a un "water-closet", que, con una roseta de lluvia sirve al mismo tiempo de cuarto de baño.)

De manera que para vivir, no del todo cómodamente, un obrero con mujer y cuatro hijos, debe pagar de sus ciento cincuenta pesos de sueldo ochenta pesos de alquiler, o sea más del 50 %, y con el resto arreglarse para pagar tranvía, luz, carbón, y dar de comer, vestir y calzar a su familia y a él mismo... ¡Todo con setenta pesos!... Es decir, que no le quedaría otro remedio que ¡morirse de hambre o andar desnudo!

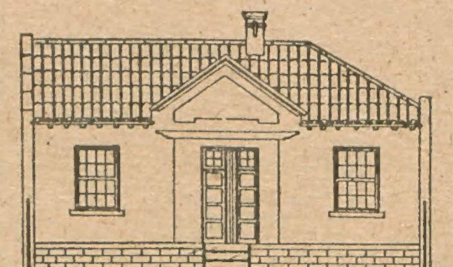
Y, claro está, entre morirse o que lo metan preso..., tiene que ir a meterse de cabeza en un conventillo, hacinándose con su mujer y sus hijos en una piezucha estrecha, mal ventilada, húmeda, de 4 x 4 m, y que todavía no le resuelve el problema, porque, además de lo que le roba en salud y en higiene, ¡le saldrá costando cuarenta o cincuenta pesos mensuales!

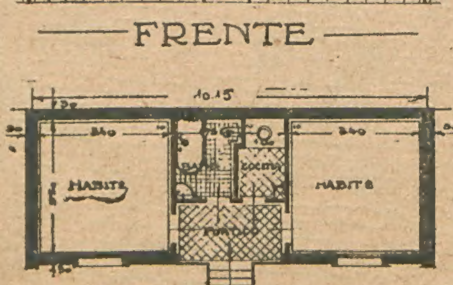
Conste que no exageramos en lo más mínimo, porque puede comprobarse la veracidad de estos datos en cualquier conventillo, en los cuales hay como una especie de tarifa uniforme. Las "salas" cuestan arriba de sesenta y cinco o setenta pesos, y nunca tienen más de metros 4 x 6; los "comedores", un poco más chicos que las "salas", a sesenta pesos, y las piezas de madera (con goteras, techo de cinc, etc.) a veinticinco y treinta pesos.

He ahí la única "solución" de los obreros: el conventillo, foco de infección y de inmoralidad.



Mientras el padre trabaja de albañil, la familia tiene, como algunos muebles, que salir al patio por falta de espacio en la pieza





El ideal de la casa propia para un obrero se reduce a esto. Pero, humilde y todo, casitas como éstas requieren desembolsos a los cuales nunca alcanza el bolsillo de los trabajadores con familia

SI LA SITUACIÓN DE LOS OBREROS ES MALA, LA DE LOS EMPLEADOS ES PEOR

Y nada tienen que envidiarle los obreros a los empleados. La situación de éstos es igual o peor que la de aquéllos, pues si bien perciben mayor sueldo, porque el término medio del salario de un empleado es de doscientos pesos, hay que descontar también mayores obligaciones, y, por consiguiente, más gastos. La exigencia del cuellito y la indumentaria es para el empleado una carga que pesa sobre su presupuesto hasta nivelarlo con el de un obrero.

De todo lo cual se desprende que tanto los obreros como los empleados tienen fatalmente que caer en el conventillo, con todos sus inconvenientes y sus deficiencias.

¿Qué se ha hecho para resolver esta situación?

EL AUMENTO DE LA MORTALIDAD POR TUBERCULOSIS Y LA DIMINUCIÓN DE LA NATALIDAD Y LA NUPCIALIDAD TIENEN SU CAUSA MÁS PODEROSA EN LAS INSALVABLES DIFICULTADES QUE CREA LA CRISIS DE VIVIENDAS Y EN ESA INSTITUCIÓN ANTISOCIAL QUE TODAVÍA EXISTE PARA VERGÜENZA DE NUESTRA CIVILIZACIÓN: EL CONVENTILLO.

LA INDIFERENCIA OFICIAL HA INFLUÍDO EN LA ESCASEZ ACTUAL DE HABITACIONES

Ni la Municipalidad, ni el Congreso, ni el Poder Ejecutivo, ni ninguno de los poderes públicos, en fin, ha hecho nada digno de tenerse en cuenta para resolver la cuestión de los alquileres.

Más aún, podría agregarse que mucha culpa de este estado de cosas la tienen las mismas autoridades oficiales por su desidia y despreocupación frente a este problema, que se viene diseñando desde hace muchos años. Sólo ahora, cuando ya estamos con la soga al cuello, se acuerda el gobierno de adoptar "medidas de emergencia", como la famosa "ley de alquileres", que nada remedia, pues aparte de que no constituye ninguna garantía segura para los inquilinos, que lo mismo tienen que sufrir la explotación de los propietarios, siempre hábiles para burlarla, su carácter temporario, "a plazo fijo", mantiene en constante zozobra a los que buscan amparo en ella.

En la Capital, por ejemplo, se da el caso inexplicable de que la Municipalidad ignore cuántas casas de alquiler hay, y la capacidad que posee cada habitación de las referidas casas.

El único censo que existe para procurar alguna información a este respecto es el que se levantó en 1904, pues el que se tomó en 1914 no hace distingo entre los conventillos, departamentos, casas particulares, corralones, locales de negocio o galpones...

¡Y el censo de 1904 daba ya entonces un promedio de población y de habitaciones a razón de tres personas por pieza!

Desde 1904 hasta la fecha la población ha aumentado continuamente por el considerable caudal inmigratorio, que siempre nos ha sido favorable, aun en el período de la guerra europea, y, posteriormente a ésta la inmigración ha ascendido a cifras nunca alcanzadas.

MIENTRAS LA POBLACIÓN AUMENTABA NADIE EDIFICABA

Además, la edificación misma no ha respondido nunca ni siquiera al desarrollo vegetativo de la población existente, pues a estar a las estadísticas municipales, nacen en Buenos Aires de tres mil a cuatro mil criaturas por mes, lo que da un promedio anual de cuarenta mil habitantes más. Si a esto se añade lo que aporta la inmigración, unos diez mil inmigrantes por mes, se tendrá que cada año la población de la Capital Federal aumenta normalmente en unos ciento cincuenta mil habitantes. ¡Y en Buenos Aires no se encuentran casas para el millón y medio que ya estamos ni tampoco se construyen para esos ciento cincuenta mil que se agregan anualmente!

Calcúlese, entonces, cuál será el promedio de habitantes por habitación que dará actualmente la ciudad de Buenos Aires, si en 1904, con sólo 950.891 habitantes (Censo Municipal) ya tenía tres habitantes por pieza, y hoy contamos con el doble de esa población: 1.821.038 habitantes (Censo Municipal del mes de septiembre de 1924). Mientras la inmigración ha sido siempre creciente, la edificación ha permanecido paralizada durante ocho años, desde 1914 a 1922 (guerra y post guerra), y desde 1922 hasta la fecha tampoco ha progresado mucho por la carestía de los materiales de construcción, y además porque los propietarios prefieren emplear sus capitales en casas lujosas, debiendo los pobres pagar precios absurdos por las pocas casas viejas y sucias que les dejan para habitar.

El solterón recalcitrante

Por Sixto J. Ramírez

NO SON POCOS LOS HOMBRES QUE PIENSAN COMO EL SOLTERÓN DE ESTE CUENTO, Y QUE HACEN DE SU VIDA EL SÍMBOLO DEL MÁS ABOMINABLE EGOÍSMO. VEN EN LA MUJER NO A LA COMPAÑERA DE LA EXISTENCIA DEL HOMBRE, SINO UNA MÁQUINA DE PLACER O UN BONITO JUGUETE DE CARNE Y HUESO... PERO LLEGA UN DÍA EN QUE LA REALIDAD DE LA VIDA PESA HORRIBLEMENTE EN EL CORAZÓN DE ESTOS EGOÍSTAS, Y COMO YA ES TARDE PARA REHACER LA EXISTENCIA, SIENTEN LA DESESPERACIÓN DE VER LA ESTERILIDAD DEL CAMINO RECORRIDO, POR DONDE HAN PASADO SIN DEJAR HUELLAS, COMO LAS SOMBRAS.

ERA uno de esos hombres que durante toda su vida no han hecho más que poner en práctica el viejo refrán: "El buey solo bien se lame". Tremendamente egoísta, seco de corazón, jamás experimentó las refrescantes emociones de un amor elevado. Para él, solterón empedernido, el amor era, sencillamente, una función biológica.

Así, pues, se burlaba con frases cáusticas de todo ser humano capaz de sentir una pasión amorosa verdadera. Y cada vez que uno de sus amigos — mejor diríamos de sus conocidos — se casaba, invariablemente, el solterón sonreía irónico, y decía, a quien quisiera oírle: "Pobre muchacho! ¡Qué ganas de complicarse la vida!"

Y no decía esto a manera de comentario risueño y ligero, como otros lo hacen, sino que el solterón era sincerísimo al decirlo. Casarse para él significaba remacharse a sí mismo el eslabón de una pesada cadena, imposible de sobrellevar. Por ello se complacía leyendo a escritores enemigos del vínculo matrimonial, y la mayoría de sus amigos, o amigotes, eran de su misma opinión: todos eran enemigos de constituir un hogar, de amar para siempre a una sola mujer y de oírse llamar "papá".

Pedro Morales no había amado nunca. Cuando la vehemencia de sus años le llamó con la voz de la vida, no buscó satisfacer su sed en una fuente pura, sino que hundió su boca en todos los pantanos que encontró a su paso. Su existencia había sido, lo era todavía, un desbocado correr hacia todos los abismos de la voluptuosidad.

Burlarse del amor y de los enamorados era su más hondo placer.

— No comprendo cómo puede un hombre pasarse horas y horas diciendo tonterías a una misma mujer — decía. — Esos hombres que tal cosa hacen deben haber perdido la chaveta completamente, pues de otra manera no se concibe que hagan y digan tantos disparates.

No comprendía, no podía comprender Pedro Morales que esas horas que se pasan diciendo "tonterías" a una mujer amada son tal vez las mejores de nuestra pobre existencia vulgar y egoísta. No comprendía el solterón que en esos momentos en que el espíritu se aniña es cuando somos más buenos, más dignos de ser amados.

Pero todo solterón termina por tener el corazón estéril, seco de ternura, y por tanto, ¿cómo ha de comprender esos inefables minutos de éxtasis, cuando todo desaparece a nuestro alrededor, y tan sólo tenemos ojos para ver el rostro de la mujer que nos esclaviza dichosamente?

Tengamos piedad de los hombres que sienten y piensan como Pedro Morales. A pesar de sus absurdos alardes de virilidad, son prematuramente viejos, viejos de alma, que es la más amarga y dura de las vejeces. Ellos ya no gozarán nunca de ese momento de encanto de los adolescentes que gustan pasear con la amada por las avenidas silenciosas, por los caminos solitarios, cuando la tarde se desmaya en los brazos de la noche y exhala un intenso aroma nupcial que conturba a las parejas. Ellos no sabrán nunca a cómo sabe la boca de una mujer honesta, trémula de pudor, que cierra los ojos al besarnos porque la mano de la emoción le baja los párpados para que ella vea más pura su felicidad.

A Pedro Morales le parecía todo esto lirismo, romanticismo, tontería...

Con tales conceptos del amor y de la vida vivió, pues, su atropellada juventud; así entró en la edad madura, y así ahora, a los cincuenta años, que parecían sesenta, permanecía siendo consecuente con su teoría: "El buey solo bien se lame". Y según él, ¡vaya si se lamía!...



SE MORÍA, BIEN LO COMPRENDÍA, Y QUISO DESPEDIRSE EL MORIBUNDO DE ESTE HERMANO TAN DIFERENTE A ÉL...

II

CIERTA noche le comunicaron que su hermano se moría. Era el tal, un hombre diametralmente opuesto a él, y para serlo del todo, había formado un hogar humilde y lleno de amor, bajo cuyo techo resonaban diariamente las voces de los niños y de la mujer. Tenía este hermano diez años menos que él, y aunque nunca existió entre ellos verdadero amor fraternal, se estimaban mutuamente.

Ahora una enfermedad traidora había postrado en su lecho de muerte al hermano casado. Se moría, bien lo comprendía, y quiso despedirse el moribundo de este hermano tan diferente a él, y que, sin embargo, no dejaba de querer.

Pedro Morales estrechó las manos de su hermano moribundo. Éste, haciéndole señas de que se acercara más, le dijo, con un hilo de voz:

—Pedro, querido Pedro, ¿por qué no te casas?

— Ya es tarde... Además, no me arrepiento de no haberme casado. Tú sabes que yo siempre he sido diferente a ti...

— Es verdad... — murmuró el moribundo.

— Tú has hecho bien en formar un hogar; yo creo que hubiese hecho mal. El matrimonio siempre me ha parecido una estupidez... Perdóname...

El moribundo estrechó por última vez la mano de su hermano, y no dijo una palabra. La muerte ya se había enseñoreado de aquella vida ejemplar, dechado de laboriosidad y honradez. Moría santamente, sin remordimientos, como quien durante su vida ha cumplido siempre con su deber.

El solterón, por primera vez en su vida, se impresionó mucho ante aquella escena: la esposa, llorando, tan desolada; los niños, gimiendo incansablemente: "¡Papá, papá!". Y más que la agonía de su hermano, sí, más que ver cómo aquel hermano agonizaba, el solterón se sentía conmovido por el dolor de aquella mujer y de aquellos niños.

Permanecía estúpidamente, sin atinar a decir o hacer nada. Vió cómo el moribundo daba su postrer estertor y se quedaba rígido, con la rigidez inconfundible de la muerte; vió cómo aquella mujer cerraba piadosamente los ojos de su hermano muerto; vió, en fin, cómo los niños no se cansaban de gemir: "¡Papá, papá!".

Y por primera vez en su vida, el solterón duro, seco de corazón, lloró con la espontaneidad de un niño.

III

DESPUÉS del entierro de su hermano, el solterón se dirigió a su casa... ¡Qué espantosa le pareció ahora la soledad en que vivía! ¡Qué vida sin objeto, sin un motivo noble le pareció la suya ahora, después de haber visto cómo aquella mujer y aquellos niños lloraban con más sentimiento que él la muerte de su hermano!... ¡Él no tendría, tal vez, quien llorara así a la cabecera de su cama, en el último momento, ni quien le cerrara los ojos piadosamente!...

Estaba sentado en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos, haciendo el balance de su vida estéril, cuando oyó la voz de Susana, una entretenida que se acordaba de él cuando precisaba dinero.

— ¡Caramba!... ¿Qué te pasa?... ¿Estás borracho?... ¡Qué pálido estás, monín! ¿Qué? ¿Has estado anoche de orgía?...

La mujer reía y hablaba con volubilidad de descocada. Era uno de esos tipos de mujer consumida por los placeres, con la mitad de los dientes postizos y enormes ojeras pintadas.

El solterón, como si despertara de un largo sueño, con la voz dura y amarga, interrogó:

— ¿Qué es lo que quieres? ¿A qué has venido?

La mujer se puso repentinamente seria.

— Mira, mira; si estás de mal humor me voy...

— ¿Qué haces que no te vas?

— ¿Es que me echas?

— ¿No lo has comprendido? ¡Vete!

— Bueno, bueno; no te pongas por eso hecho un loco. Debes haber perdido anoche en lo de María Lola... Pasaré mañana, cuando se te haya pasado el mal humor... ¿Verdad monín, que mañana no me recibirás así?...

El solterón, hecho una fiera, la tomó de un brazo y la condujo hasta la puerta. Allí, gritando más fuerte que nunca, le dijo:

— ¡Hemos terminado!... ¿No lo entiendes?... ¡Te digo que te vayas y que no vuelvas a poner más los pies en esta casa!

La mujer lanzó una carcajada de desafío, clavó sus ojos de serpiente en los del solterón y, antes de marcharse, le dijo:

— ¡Ya me buscarás, ya!... Pero esta es la última vez que nos vemos, ¿entiendes?... Tengo más de cuatro que se mueren por mí..., y no pobretes como lo eres tú...

La mujer dijo estas últimas palabras con un profundo desprecio, descubriendo con ellas el fondo turbio de su alma.

El solterón se arrojó de bruces sobre su cama.

Represaba los sollozos: no quería llorar por todo lo que había reído; pero el corazón necesitaba aquel desahogo para no estallar.

Y el llanto afluyó a sus ojos, anegándoselos, quemándole las mejillas, bañándole la boca cínica, como si las lágrimas quisieran lavársela de toda impureza.

¡Jamás esa boca había besado a un niño! ¡Jamás esa boca había besado a una verdadera mujer!

¿Concebís un monstruo más abominable?

AL día siguiente, el solterón continuaba durmiendo, a pesar de ser muy tarde ya: es que tenía un agujero en el corazón...

La Musa Argentina

ENTRE SOMBRAS

Viene a sentarse a veces a mi lado
— La tarde muere deshojando rosas —
En las horas calladas y dudosas,
Un bello ser quimérico y alado.

Posa su leve mano esa visión
— Da su aroma la noche sosegada, —
Su mano compasiva y perfumada,
Sobre mi dolorido corazón.

Me dice con amor, compadecida
— Suspiros da el espacio vaporoso, —
Me dice: "¿Por qué lloras, silencioso?
¿Por qué tan yerma y triste te es la vida?

"¡Ven conmigo! Mecido por mis brazos
— Hay en la noche un gran silencio santo —
En un ensueño de claror y encanto,
Podrás romper esos terrenos lazos.

"Pues que yo habito la región distante
— La noche exhala una dulzura extrema —
Donde el amor reposa, mas no quema,
Y en donde un alba igual brilla constante...

"Habito allí y tú vivirás conmigo
— La noche late en una luz que ofusca, —
Porque vengo de lejos en tu busca
A darte paz y alivio, ¡pobre amigo!"

Así me dice esa visión nocturna
— En el espacio hay voces dolorosas; —
Son sus bellas palabras cariñosas
Agua corriente en cristalina urna.

Mas yo la escucho inmóvil, soñoliento
— La noche vierte un desconsuelo inmenso; —
Siento en los miembros como un plomo denso,
Y mudo y tenebroso el pensamiento.

La miro dolorido, absorto, incierto
— La noche es como un campo desvalido, —
La miro con los ojos del dormido,
Y respondo: "¡Bien sabes que estoy muerto!"

IVONNE DE LÉOTARD

VENCIMIENTO

No la quiero mirar, no quiero verla,
y sin embargo, busco su mirada;
quiero creer que no llegué a quererla,
que no hubo nunca entre nosotros nada.

Pero surge el dolor inextinguible
de esa felicidad que quedó trunca:
haber idolatrado a una imposible
mujer falaz que no me quiso nunca.

Quiero enrostrarle su traición, rugirle
todo el dolor que mi existencia agobia...
¡Cuántas cosas habría de decirle
a la que quise y que no fué mi novia!

Pero ante su presencia, ¡vano intento!,
no puedo blasfemarle mi reproche,
y en mi interior, acobardado, siento
bruscos sacudimientos de fantoche.

Asumo la actitud triste del siervo:
de alma cobarde, estúpida y sumisa,
y ante el horror de mi dolor acerbo,
¡mis labios quieren entreabrirse en risa!

... Pero, ¡qué culpa tiene!, fué formada
por esencia de cálices fragantes,
y es fatal su belleza inmaculada
como la de Marcela, de Cervantes.

¡Es fatal! ¡Es fatal!... ¡Triste certeza!
Su carne es divinal; carne prohibida...
Dobleguemos entonces la cabeza
¡bajo la guillotina de la vida!

EDUARDO O. ZAPIOLA



EL AMARGO DEL AMOR

POR EDMUNDO MONTAGNE

— Quiero que sintás mi gusto —
me decía ayer la Pocha,
y es la tal una morocha
por quien la vida perdí.
Y alargándome con gracia
un mate recién cebado,
no bien lo tuve probado
que era dulce comprendí.

Ya les digo que es la prenda
de mi empeño, y sin embargo:
— Sólo tomo mate amargo —
con pesar le contesté.
Yo que de tus ojos negros
tanta promesa he probado
inútilmente he esperado
la dulzura de mi fe.

Y comprendiendo la moza
lo que mi intención pedía,
perdió al punto la alegría
aunque yo la consolé.
Llevé el mate hasta la huerta,
lo vacié, y con yerba nueva,
después de gustarlo en prueba
un amargo le brindé.

— Aquí está este mate simple,
fuerte como mi esperanza,
que aunque tu favor no alcanza,
siempre fía en tu favor.
Si hay promesas en tus ojos
y en tu sonreír travieso,
tan sólo ha de ser tu beso
quien endulce su amargor.

Tomó el mate, y supo entonces
lo amargo de mi tormento
y fácil logré mi intento
sobre sus labios en flor.
Que el placer cuesta en la vida
dura pena y plazo largo,
y a mí me dió el mate amargo
la dulzura del amor.

ESCRIBE TU VERSO...

Escribe tu verso, novicio poeta,
con el alma llena de mística unción;
arranca las flores de tu alma de asceta
y cubre el objeto de tu devoción.

El interrogante de Dios interpreta
sin que te domine jamás la pasión,
y sea tu verso la dócil veleta
que gire al mandato de tu corazón.

Y si el mundo sólo te ofrece dolores,
recoge sonriendo tus místicas flores
y, como al calvario Jesucristo fué,

silenciosamente, prosigue el camino,
y a cada espolazo que te hunda el destino,
se yerga en tu pecho más alta la fe!

ANDRÉS R. TABOADA

CANCIONES INGENUAS

NOCTURNO

Mientras leía en mi aposento
"Le premier soir" de Le Goffic
tejió el ensueño con su hebra
fantasmagórica y sutil
la dulce imagen de la blonda
niña de cutis de jazmín.
La imaginé sentada, triste
y pensativa, frente a mí;
yo abandonaba la lectura
para extasiarme en su gentil
figurilla de dama antigua
de grandes ojos de zafir;
luego con una voz muy blanda
yo le decía: "Sol de abril,
así en silencio pasaría
siglos enteros ante ti,
tú pensativa, yo extasiado
ante tu rostro de jazmín,
y en la penumbra de mi cuarto,
cual una diosa de marfil,
tú velarías mi existencia,
piadosamente, hasta su fin."

CRISTÓBAL E. RÍOS

"Es necesario mejorar la situación del magisterio en nuestro país"

dice el doctor O'Reilly, nuevo vocal del C. N. de Educación

TODO funcionario público, al hacerse cargo de un nuevo puesto, lo hace llevando, no sólo en mente, sino entre manos, una serie de proyectos. Y cuando ese cargo es, nada menos, que el de vocal de nuestro Consejo Nacional de Educación, es de suponer que tales proyectos deban interesar, por igual, a los maestros y a los padres de familia de la República.

Entrevistamos, pues, al doctor Guillermo O'Reilly, que hace pocos días fué nombrado vocal del Consejo, y obtuvimos de él algunas impresiones sobre la labor que piensa desarrollar desde tan importante puesto; labor decididamente en favor de los maestros y maestras, y cuyo resultado redundará en incuestionables beneficios para nuestra instrucción primaria.

El doctor O'Reilly nos dijo:

"Imagínense ustedes — nos dice — qué poco sería lo que podría expresarles en concreto de lo que podré hacer en este puesto que acabo de ocupar. ¡Es tan grande todo esto y, sobre todo, hay tanto que hacer aquí!... Por ahora no tengo otra cosa que intenciones..., y de eso no hace falta que les exprese cuáles son. Sé que la aceptación de este cargo trae consigo la obligación de trabajar, y con ese propósito lo acepto. Pero eso no significa en modo alguno que traiga de antemano un plan de acción que desarrollar, sino que todo aquello que de algún modo contribuya al mejoramiento de los maestros, y, por esto, al de la enseñanza primaria, hallará en mí el más decidido apoyo. Porque creo que la situación actual del magisterio no es equitativa a la importancia de la misión que ejerce la escuela. En el interior, sobre todo, y,



en general, en todo el país, es necesario mejorar la situación de los maestros, para elevarlos a la categoría que realmente merecen, y que aun no han alcanzado por deficiencias de organización. Pero ello se explica teniendo en cuenta lo compleja y lo vasta que es la cuestión educadora, cuya importancia va directamente aparejada al progreso y al desarrollo de nuestro país, joven aún, pero bien orientado. Me interesan, también, algunos detalles de la reglamentación, como por ejemplo, en lo referente a las licencias para faltas justificadas o de enfermedad "a plazo fijo", como podría llamarse la actual disposición que permite cuarenta y cinco días anuales de inasistencia. Creo que esa reglamentación merece un estudio aparte; y no menos importante me parece lo referente a la edificación de escuelas, que constituye un problema que urge resolver cuanto antes, no sólo por razones económicas, sino por conveniencias didácticas, y aun higiénicas. Es un asunto también complicado, que necesita ser estudiado, y sobre el que debe legislarse debidamente, necesitándose para ello una ley básica del Congreso. Pero lo que en verdad merecerá especialmente mi atención es el mejoramiento, en todo sentido, de maestras y maestros. Creo que a pesar de haberse hecho mucho en ese sentido, aun no se hizo bastante.

" Considero que en nuestro medio, por causas ajenas a quienes correspondía y difíciles, por tanto, de evitar, la observancia de los preceptos de higiene, tal cual se practica desde hace tiempo en las "grammar schools", o escuelas primarias de los Estados Unidos, no ha sido llevada al cabo en la forma que se debiera. Hay que educar a nuestros niños en las prácticas de una vida higiénica, fundada en la profilaxis. Que cada niño de la nueva generación sea el vehículo que una a la escuela con el hogar. Así se forman en las colectividades democráticas eslabones tales que sostienen el espíritu de unión entre los ciudadanos y las instituciones. Pero la mano forjadora de esas uniones es el maestro. Y para que el maestro pueda llenar con celo, amplitud y amor esa finalidad, debe asegurársele una existencia tranquila.

" También prestaré la atención que merece a la realización de lo que dispone la ley Láinez, especialmente en lo que atañe a la ubicación de esas escuelas, ya que la mencionada ley significa, en nuestro medio, uno de los esfuerzos más eficaces para combatir el analfabetismo de que padecen los lugares apartados, numerosos y de difícil acceso, dado lo vasto de nuestro territorio.

"Pero mi preocupación principal residirá en cuidar de las condiciones de vida de los maestros, puesto que en manos de ellos está el futuro espiritual de la patria."



Doctor Guillermo O'Reilly, nuevo vocal del C. N. de Educación

El secreto de nuestras epidemias

Bajo la ciudad de Buenos Aires existen cuatro arroyos olvidados

Por Julio G. Zabala

BUENOS Aires es una hermosa ciudad."

Desde luego. Es hermosa y magnífica. Pero, de vez en cuando, los médicos se sorprenden de la aparición de ciertas pestes que nadie sabe de dónde provienen. Lo diremos nosotros...

Vayamos al fondo del asunto. Ni don Pedro de Mendoza ni don Juan de Garay merecen las estatuas que tienen por haber fundado Buenos Aires. Y si las merecen no ha de ser, sin duda, por la inteligencia con que eligieron el sitio para fundar nuestra ciudad, levantada en un terreno bajo, húmedo, lleno de arroyos y de pantanos.

Después de tanto tiempo transcurrido, no hay que forjarse ilusiones. Si en Buenos Aires la mortalidad no se eleva a cifras extraordinarias, ha de ser, posiblemente, por la poca habilidad de la mayoría de los médicos que no saben contribuir al fomento de las enfermedades. Si Buenos Aires es una hermosa y magnífica metrópoli donde, de vez en cuando, es posible vivir con salud, no es tampoco por obra de la naturaleza. El ingenio del hombre ha hecho de Buenos Aires una ciudad habitable...

Todo se lo debemos a la ciencia y a la perspicacia de los que poco a poco, desde hace cien años, han venido luchando para que Buenos Aires sea lo que es: una gran capital...

Pero es una gran capital levantada sobre pantanos rellenos de basura. Es una ciudad que para ensancharse ha debido ahogar varios arroyos caudalosos, tapándolos como se tapa una cloaca, y que a menudo se pudren bajo tierra, sobre todo en verano, enviando a la superficie, a través de las basuras de relleno, miasmas productores de epidemias. Hace años, en 1887, al estudiar este problema de las aguas de los arroyos subterráneos el sabio químico doctor Pedro Arata hacía observar el peligro que amenazaba de continuo a Buenos Aires. Y en el informe publicado en el "Censo Municipal de 1887" citaba esta opinión del ilustre profesor Pettenkofer, de Munich: *el desarrollo de la fiebre tifoidea depende de la presencia de cierta cantidad de agua escondida debajo del suelo.* Y Pettenkofer atribuía la peste que asolaba a Munich a las mismas causas que suelen provocar en Buenos Aires pandemias, sobre todo en verano. El calor evapora las aguas podridas que duermen bajo los edificios y las calles.

Esa agua es el enemigo invisible que está siempre despierto...

En el mismo censo municipal de 1887 el doctor Arata dice que "cuando el agua sube, disminuye la mortalidad por enfermedades zimóticas, mientras que cuando el agua baja aumentan proporcionalmente las mismas enfermedades".

El vasto paralelogramo que constituía la ciudad de Buenos Aires era un amplio pantano.

Se dirá:

—¿Cómo Mendoza pudo elegir esta zona si era tan pantanosa?

Se explica el error fácilmente. El Adelantado se equivocó por falta de conocimientos científicos. Llegó al río de la Plata y desembarcó en el Riachuelo, *en pleno verano.* Los pantanos estaban secos, engañándole su aspecto de tierra cubierta de vegetación. Y fundó Buenos Aires, ese mismo verano, en el mes de febrero del 1536, en el paraje donde los pantanos hallábanse secos.

Se dirá también:

—¿Y por qué don Juan de Garay, al hallar otra vez la destruída ciudad que fundara Mendoza, no eligió otra zona de tierra más alta?

Sí, señores. Garay eligió otro paraje, pero no tuvo la suficiente clarividencia para elegirlo en donde hoy está Mar del Plata. Creyó que era bastante fundar la ciudad media legua más lejos de donde Mendoza la fundara.

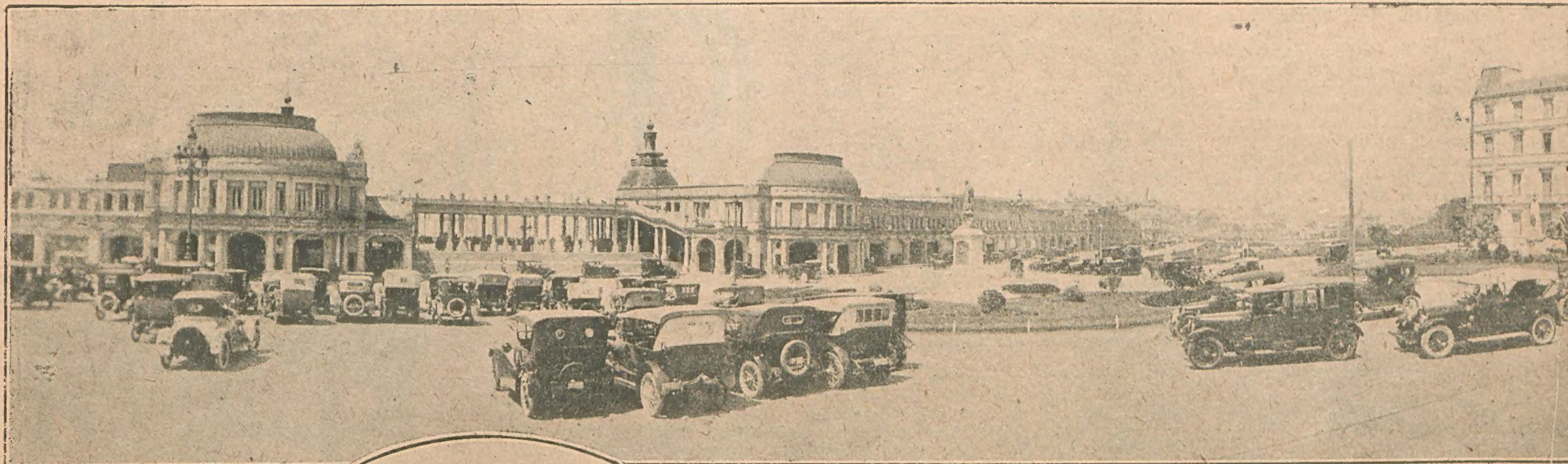
Garay llegó a Buenos Aires en invierno. Es decir, en junio, cuando los pantanos estaban en su apogeo. Vió una colina y exclamó:

—"Aquí debe fundarse la ciudad."

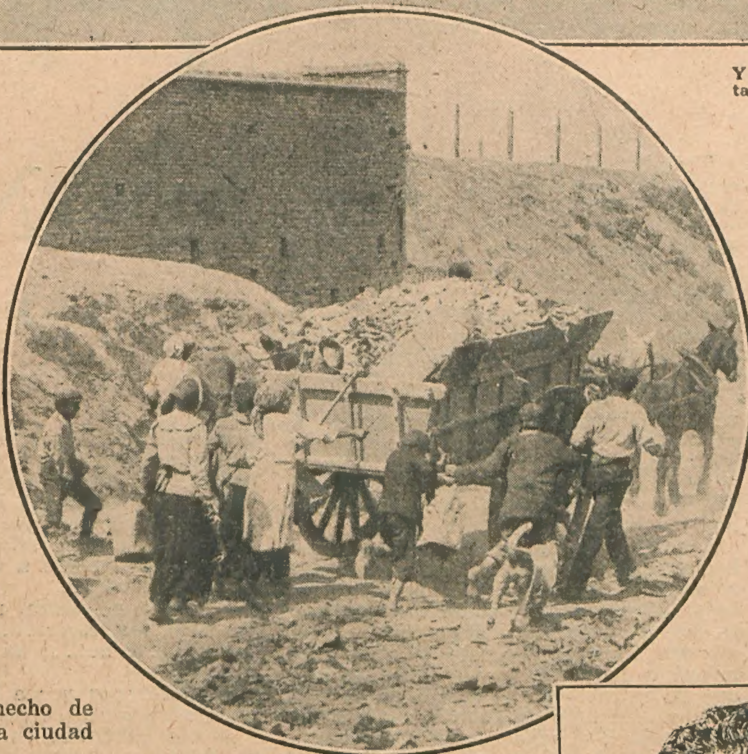
Era el lugar donde actualmente está el Parque Lezama. Y fué allí donde clavó el rollo de la fundación y cortó las malezas con su espada, como era la costumbre.

Un historiador español, Juan de Medina, dice que la intención de Garay era fundar Buenos Aires mucho más al sur, sobre el océano, pero, deseoso de volver a España, donde lo aguardaba una mujer, se detuvo en la entrada del Río de la Plata. De modo que ha sido una mujer (¡como siempre!) la culpable de que Buenos Aires no esté ubicada, como ya hemos dicho, en el sitio donde está Mar del Plata.

¡Qué magnífica, qué estupenda ciudad, fresca y deliciosa hubiera sido Buenos Aires a orillas del Atlántico! En cambio, a orillas de este río sucio, ¡qué feo es el verano para los pobres! Santiago Rusiñol decía que el Río de la Plata le evocaba la silueta de un hombre corpulento y sucio, tendido largo a largo, durmiendo como los atorrantes... En realidad, nuestro río es un gran atorrante, que en invierno mata con sus neblinas y en verano ahoga con sus aguas turbias y calientes... Pero, con todo, el río no es tan perjudicial para la salud como esos cuatro arroyos olvidados bajo tierra. Menos mal que algunos están "entubados" y sirven como canales de desagüe.



Y pensar que nuestra Plaza de Mayo debiera levantarse aquí, donde hoy día está la Rambla de Mar del Plata



Casi todos los barrios nuevos de Buenos Aires se levantan sobre terrenos rellenados de basuras



Don Pedro N. Arata, el gran químico argentino, que en 1887 previó la amenaza que constituían para la ciudad los arroyos subterráneos. (De un grabado en madera de la época)

Los dos arroyos "entubados", más conocidos, se llamaban antes: *Arroyo del Sur* y *Arroyo del Bajo.* Antiguamente, antes que sus aguas desaparecieran bajo la edificación, se llamaban *terceros.* El *Arroyo del Sur* nace en Barracas, atraviesa Constitución y desciende hacia el río por las manzanas comprendidas entre las calles Independencia y Chile, yendo a morir en el dique número 2.

El *Arroyo del Bajo* nace en la plaza Rodríguez Peña, donde hoy está el Consejo de Educación, y suburbio en el cual hace cien años se reunían los bandoleros que asaltaban a los comerciantes y los asesinaban, echando sus cadáveres a ese Arroyo del Bajo. De la plaza Rodríguez Peña las aguas declinaban hacia la de Lavalle, y de allí corrían hasta el Retiro, continuando debajo de los edificios de las manzanas comprendidas por las calles Córdoba y Charcas, desembocando en la Dársena Norte.

El tercer arroyo importante es el *Arroyo de Rosas,* en Palermo. Nace en la hoy Villa Alvear y va por debajo del Jardín Zoológico. Este arroyo está siendo aprovechado por el director del Zoológico para desahogo de las aguas del lago. Fué necesario realizar excavaciones hasta encontrar el Arroyo de Rosas, que hoy se desagua en el río, en la avenida General Zapiola.

El cuarto arroyo es más conocido, y no hace mucho tiempo sus aguas se veían en la superficie, inundando las calles vecinas. Se llama *Arroyo del Yatay.* Nace en Almagro, atraviesa la calle Rivadavia a la altura de la misma calle Yatay, y hay quien supone que sus aguas se mezclan con las del Arroyo de Rosas.

Durante la reciente lluvia, la calle Yatay presentaba el aspecto del antiguo arroyo de su nombre, como lo demuestra la fotografía que publicamos en este número, en la sección de informaciones gráficas.

Y muchos lugares hoy día pantanosos serán rellenados con basuras. Sobre ellos, con el tiempo, se levantarán casas, que compondrán nuevos barrios. Buenos Aires, ciudad baja, descansa sobre un lecho de basuras...

Un hombre honrado y laborioso ve cómo el hogar que antes fuera el mejor refugio para su vida agitada de trabajador y de ser afectuoso, se torna cada día más enemigo suyo, hasta el punto de sentirse un intruso en su propia casa. Y todo esto a causa de otro hombre que codicia lo que él más ama sobre la tierra: el amor de su esposa, la madre de sus hijos, la compañera de su existencia de luchas constantes. ¿Qué hacer entonces? El protagonista de esta novela no ve otra solución a tal problema que la que por último se resuelve hacer, aun repugnándole en el fondo, pues como es un ser bueno a carta cabal, no hubiese deseado nunca cometer la acción que se vió obligado por las circunstancias a realizar.



SE QUEDÓ INMÓVIL, PASMADO, SIN SABER QUÉ ACTITUD TOMAR

El Honor

por Juan

DIBUJO DE

DESPUÉS de permanecer diez horas "a órdenes" en su domicilio, Rodolfo Macuar, maquinista de locomotoras, recibió orden de aprontarse para "correr un especial hacienda".

El "llamador" le entregó la boleta, donde constaba el destino del tren y la hora en que debía tomar servicio.

Eran las veinte; a las veintiuna y treinta debería salir con la locomotora del galpón de máquinas. Apenas si tenía tiempo para preparar la canasta; ayudado por su mujer colocó en ella una muda de ropa exterior, la misma que hubo de sacarse para vestir: un traje azul de mecánico, cubrió la ropa con un pedazo de diario, puso sobre éste tres tachitos que contenían yerba, te, azúcar; el mate, la bombilla, la pava, un jarrito; luego un frasco con vino, pan y media docena de huevos.

— Puedes llevarte un bife también — díjole la esposa.

— No. ¿Para qué? Me sobra con lo que llevo.

Cogió el farol y el sobretodo en una mano, la canasta en la otra, y se dispuso a partir.

Dos niños entraron al comedor. Eran dos criaturas rubias, rosadas; un varoncito de siete años y una mujercita de cuatro.

— ¿Te vas, papá?

— Sí, Julito.

— ¡Mamá! — exclamó la nena. — Yo no quero que papito se vaya.

— Volveré pronto, chiquita.

— No quero — insistió la niña.

Macuar sonrió, sacó una moneda del bolsillo y la puso en la mano de la pequeña.

— ¿Querés ahora, Bertita?

— Sí, papito.

— Es para vos y Julio... Mañana comprarás caramelos. — Inclinóse sobre ella y le besó las mejillas. Luego, llamando a Julio, le recomendó que se portara bien, que no peleara con la hermanita, que no hiciera renegar a la mamá. Y le colocó dos sonoros besos en el rostro y salió. Marta, su esposa, lo acompañó hasta la calle.

— Acuesta en seguida a los niños — díjole él.

— Ahora mismo — respondió ella.

— Hasta mañana.

— Feliz viaje.

HARÍA media hora que Macuar había abandonado su casa, cuando alguien llamó a ella.

Marta, al lado de la mesa redonda del comedor, repasaba la ropa blanca; los niños dormían en una pieza contigua. Sin sorprenderse, como quien espera una visita, se levantó sonriendo y acudió al llamado. Encontróse con un hombre joven, bien vestido, que se disponía a llamar nuevamente. Al verla, el nocturno visitante le tendió la mano.

— ¿Me esperabas?

— Sí — dijo ella débilmente. — En cuanto salió Rodolfo me imaginé que vendrías. Pero es una imprudencia, César; el día menos pensado nos sorprende y...

— No tan fácilmente como lo piensas, ricurita. Antes de venir a verte me entero del servicio que le corresponde. — Era César ingeniero e inspector al servicio de la empresa en la cual trabajaba Rodolfo. — Además — prosiguió, — somos tan amigos, que no se extrañaría encontrarme aquí; salvo que las circunstancias... Pero..., ¿piensas tenerme al fresco toda la noche?

Marta titubeó antes de responder.

— Entra — dijo al fin. — Pero hacemos mal, muy mal.

— Será la última noche... No vendré más... ¡Te lo juro! A menos que esté tu esposo — contestó César a tiempo de transponer la entrada.

Los esposos Macuar ocupaban una casita de tres piezas, la primera de las cuales hacía las veces de comedor y sala de recibo, la segunda de dormitorio y la tercera permanecía vacía, salvo cuando por algún disgusto conyugal (los que, al fin y al cabo, eran frecuentes), Rodolfo trasladaba a ella su cama y decretaba, por sí y ante sí, la separación temporaria de cuerpos, que, si bien no era legal, justificábase por muchas razones que serían fáciles de concretar. Un cerco de ligustro rodeaba la casa, el terreno limitaba al fondo con la vía férrea; había en él una gran variedad de árboles frutales y toda clase de hortalizas; al frente, un delicioso jardincito aromatizaba el aire, y a lo largo del corredor, los pámpanos de una vid sombreaban el patio.

Los dos amantes repetían en voz baja el eterno "ritornello" del amor; la luz amortiguada del quinqué, colocado sobre la mesa, dejaba la habitación en una agradable penumbra. Afuera, el viento movía las ramas de los árboles. El más insignificante de los ruidos ponía en tensión los nervios de Marta. Se sobresaltaba, paralizábasele el corazón y miraba hacia la puerta, creyendo ver aparecer en el vano la figura del marido.

César, sentado frente a ella, oprimíale las manos; inclinándose un poco acercaba su rostro al de Marta; veíala ruborosa, como esperando el beso largo, cinematográfico, que no tardaría en producirse; sus rodillas, en contacto con las de ella, le producían una voluptuosidad febril.

Y el beso se produjo a medias. Lo truncó una vocecita de infante.

— ¡Mamá!

Julio, parado en la puerta que comunicaba con el dormitorio, sosteniendo con una mano el pantaloncito, los miraba con los ojos asombrados y medrosos.

César, de un brinco, púsose en pie. Marta incorporóse a tiempo que separaba las sillas. Los dos estaban densamente pálidos, mudos de sorpresa; miraban al niño que, como un juez severo, no apartaba la vista de sus rostros. Hubiérase dicho que comprendía la acción deshonesta de la madre. El hombre sonrió.

— ¿Cómo te va, Julito?

— ¿Por qué te has levantado? — pudo decir Marta.

Mas Julio no contestó. Se aproximó a ellos, teniendo siempre su pantaloncito con la diestra; no hizo caso de las caricias que le hiciera César al pasar por su lado y juntóse con la mamá.

— ¿No tienes sueño? — le preguntó ella.

El niño movió la cabeza repetidas veces hacia ambos lados, y repuso:

— No.

— ¿Quieres quedarte aquí?

— Sí, quiero... ¿No hay ladrones, mamita?

— No, hijo mío. — Lo acarició, echándole el cabello hacia atrás, abrochóle los pantalones, púsole una blusita de abrigo y lo sentó en una silla; luego ella ocupó otra a su lado, y dirigiéndose a César, dijo:

— Siéntese, señor... No es un grano lo que tengo en la frente. ¿Puedo estar segura?

— Esté usted tranquila; es una picadura de mosquito.

— Ve usted muy poco.

— En realidad, no veo bien, señora; ha sido necesario que me acercara a usted para verla mejor.

Trataban de justificar aquel acercamiento delante del niño.

Julio escrutaba la frente pálida y tersa de su madre, sin descubrir nada. ¿Dónde estaría aquel granito? Al otro lado de la mesa, César ocupó una silla, extrajo del bolsillo del saco un paquete de caramelos y llamó al niño:

— Mira lo que he traído, son para vos. — Mientras esto decía, meditaba en qué forma podía captarse las simpatías del niño, asegurarse su silencio. Era un poco difícil conseguir esto último; quizá mejor fuera no proponerse nada, no hacer nada en tal sentido.

Impelido por su madre, Julio avanzó hacia César, rodeando la mesa. El amante de la señora Macuar lo cogió por debajo de los brazos, y elevándolo primero en los aires, lo sentó después sobre las piernas. Le dió los caramelos, luego comenzó a hablarle de un lindo juguete que había visto en el centro de la ciudad: un trencito de cuerda que andaba sobre rieles; el niño extasiábase oyendo las descripciones de aquel prodigio de juguetería. Marta, sin tomar parte en la conversación, continuó la labor interrumpida; sentíase algo avergonzada, observaba a hurtadillas a aquellos dos seres que tal vez algún día llegarían a odiarse.

De pronto, oyeron el chirrido de la puerta de calle, los pasos firmes de alguien que penetraba en la casa; y ambos se miraron sorprendidos, interrogándose de una manera elocuente con las miradas.

El intruso habíase detenido delante del comedor; ahora abría la puerta, penetraba en la estancia. Era Rodolfo.

Julio se zafó de los brazos de César y corrió hacia el maquinista.

— ¡Papá!... ¡Papá!

Macuar, con el farol en una mano, el sobretodo y la canasta en la otra, a dos pasos del umbral, se quedó inmóvil, pasmado, sin saber qué actitud tomar. ¿Qué debía pensar de la presencia del inspector cuando él estaba ausente de su casa? Cierto que era de los íntimos, pero... Relampaguearon sus ojos, y una rabia sorda se apoderó de él; fué un segundo, el tiempo que tarda en cruzar un mal pensamiento por el cerebro de un hombre. César habíase levantado y estiraba su diestra hacia Rodolfo, mostrándose afectuoso. Ensayó una disculpa.

— Te extrañará encontrarme aquí — díjole. — He venido a visitarte.

— Ya lo veo...

— Acaso mi visita, no estando tú, te produzca mal efecto...

— No..., no...; es que..., al contrario.

— Entré por ver a los chicos; sabes que quiero mucho a tus hijos.

— Les ha traído caramelos — intervino Marta.

— ¡Pero si yo no digo nada!... Está bien... No digo nada... Ya veo.

Dejó caer la canasta al suelo, puso encima el sobretodo, entregó el farol a Julio y sentóse en una silla frente a la esposa y al amigo. Parecía estar tranquilo.

— ¿De manera que has venido a visitarme?... Me alegro... A la verdad, no esperaba encontrar a mi esposa tan bien acompañada.—Y mirando a ésta:—Han suspendido el tren, ¿sabes? Tenía la máquina lista, cuando me lo avisaron.

Cruzó las piernas, encendió la pipa y púsose a mirar el humo.

Los tres permanecieron silenciosos. César se sentía molesto. Hubiera querido decir algo para quebrantar aquel silencio que le resultaba hostil, mas no encontraba tema. Buen observador, había notado la desviación que dió al rostro Rodolfo para no estrechar su mano; supuso que la sospecha iniciábase en el corazón del maquinista, que los celos debían estar mordiéndole el alma, y creyó prudente callar. Marta, por su parte, no osaba mirar a su marido. Agachada so-



EN PELIGRO

M. Prieto
BIONDINI

bre la costura, fingía estar preocupada con la labor.

Al cabo de unos minutos, César se despidió.

—Acompáñalo hasta la puerta—mandó Rodolfo a su mujer.

—No hay necesidad; no se moleste, señora.

—Cerrará la puerta de paso.—Y viendo que Marta lo miraba sin moverse, añadió:—¿No me has oído, Marta?

El inspector, haciendo un gran esfuerzo, volvió a tenderle la diestra. Esta vez, Macuar la tomó entre la suya; hasta le mostró los dientes en una sonrisa.

—Hasta otro día...

—Hasta cuando guste...

Rodolfo llamó a su hijo y lo puso a caballo sobre una de sus piernas.

—Vamos a jugar al caballito... ¡Hico, caballito!

Marta, de regreso, volvió a ocupar su sitio. De súbito el niño dijo, poniéndose muy serio:

—¡Papá! Mamita tenía un grano en la frente y don César se lo curó.

Rodolfo Macuar miró a su esposa, pero no dijo nada. Marta se inclinaba cada vez más sobre la ropa.

ERAN las diez y siete, cuando Macuar salió de la estación Central, conduciendo un tren de pasajeros. Desde la noche aquella andaba preocupadísimo. No podía menos que poner en duda la fidelidad de su mujer. ¿Era o no era ella culpable? Hacíanle falta pruebas para inclinarse en cualquiera de los dos sentidos. Pero, ¿dónde hallarlas, dónde encontrar aquel rayo de luz que lo condujera a través de las tinieblas hasta alcanzar la verdad, la seguridad real, palpable, capaz de barrer con todas las sospechas o de hacerlas indestructibles? ¡Ah, cómo sufría con la duda! Sólo él lo sabía. Su esposa aparentaba no darse cuenta de ello; mostrábase siempre igual: ni apocada, ni altiva; inmutable en su característica de mujer trivial, poco afecta a las cariñosas expansiones del matrimonio.

La máquina trepidaba, corría, sacudíalo sobre el asiento como si fuera un muñeco de trapo sentado en un carromato. A su izquierda, el foguista, de pie, agarrado al borde lateral de la casilla, lo miraba impasible; de tanto en tanto observaba el manómetro y achicaba la corriente de petróleo; las válvulas de la locomotora soplaban, aun cuando los inyectores trabajaban continuamente.

—¿Corremos mucho, socio?

Rodolfo no lo oyó. Con el busto fuera de la máquina, vigilaba las señales; los semáforos, colocados a distancia unos de otros, le indicaban vía libre. Al cruzar por un pase a nivel, vió un automóvil detenido frente a las barreras. Sin proponérselo, miró a sus ocupantes. En seguida ahogó un grito de rabia con un rechinar de dientes y cerró el regulador.

Marta, sentada al lado de César en el "auto", aunque tarde, ocultó el rostro entre las manos.

—¿Qué hace, socio?

Macuar había hecho funcionar el freno a vapor, y el tren se detenía bruscamente. El grito del foguista lo trajo a la realidad. En aquella situación, ¿qué podía hacer? Volvió a abrir el regulador, apoyó los brazos sobre la leva, luego puso la cabeza encima de ellos y dejó que la máquina volara sobre los rieles, sin mirar las señales. Su compañero lo miraba asombrado.

—¿Se siente mal?—preguntó.

—Estoy descompuesto—contestó Rodolfo.—Vigila las señales.

LA tarde del día siguiente, Macuar regresó a su domicilio. Sin decir una palabra trasladó su cama al tercer cuarto y se encerró en él; necesitaba estar solo para entregarse sin testigos al dolor de su desdicha. Marta, que esperaba una escena violenta, temblaba de pies a cabeza.

—¡Me matará!—decíase afligida.—¡Pobre de mí!

Cargada con su hijita, observaba los pasos de Rodolfo. Era imposible que aquello terminara así, que aquel hombre se resignara a soportar una afrenta tan grande, con tanta mansedumbre. Veíalo pálido, nervioso, incomprensible en su extraño mutismo mientras anduvo trasladando el lecho a la última pieza. Después no lo vió más.

Al anochecer, Julito, mandado por su madre, acercóse a la habitación donde Rodolfo habíase encerrado para preguntarle si quería cenar. Él respondió desde dentro, sin abrir la puerta, "que no quería nada".

Conocíasele en la voz que había llorado mucho y que aun le acongojaba el llanto.

Y cuando la hora del reposo llegó, Marta, sentada en el lecho, aguzó el oído, temblando de espanto ante la idea de que él podía entrar al dormitorio para matarla. Tuvo pesadillas horribles que la hicieron despertar sobresaltada hasta que el sol se coló en la pieza a través del tragaluz.

Desde entonces, los esposos vivieron como dos desconocidos bajo un mismo techo, sirviéndose de los niños para transmitir el uno sus órdenes, la otra sus deseos, de acuerdo con las necesidades domésticas.

MUCHO meditó Rodolfo antes de decidirse a sobrellevar la carga de su vergüenza, que como una corona de espinas le punzaba las sienes. Al principio, pensó en realizar un espantoso crimen, mataría a ella, mataría a él y suicidarse luego. Pero, ¿y los hijos? Ellos eran inocentes. No podía condenarlos a sufrir las consecuencias derivadas de los hechos. La muerte de los progenitores los dejaría en manos extrañas, huérfanos de cuidados y de caricias, de esas caricias tan necesarias a los pequeños como la luz solar. En cuanto a matarlo a él, vendría a ser lo mismo: iría a la cárcel y sus hijos morirían de hambre. ¡Los hijos! He aquí el escudo que salvaba aquellas vidas; por ellas debía contener el odio impetuoso que desde lo más hondo de su corazón clamaba venganza.

César hallábase estupefacto. No sabía cómo interpretar la actitud pasiva de Rodolfo; le chocaba tanta indiferencia, tanta tranquilidad aparente; ni un gesto ni una mirada pudo sorprender en Macuar que delatara sus intenciones. Resultábale un hombre de piedra, impenetrable, en su inmutabilidad de esfinge. Atribuir semejante comportamiento a una ignorancia injustificable era el colmo; estaba seguro que los había visto en el "auto", que los había reconocido frente aquellas malditas barreras que el diablo se llevara. Hasta los vínculos de amistad parecían no haber sufrido el roce del drama. Cuando a los pocos días ambos se encontraron en el galpón, conversaron con calma, como si nada hubiera acontecido. Por precaución, César armóse de un revólver. Un día, Rodolfo hízole notar que ya no lo visitaba con tanta frecuencia, y esto acabó de desconcertarlo. No, no era posible concebir tanta frescura, tanta resignación. Macuar debía ser miope, o estar loco, completamente loco.

RODOLFO conducía el "rápido" esa noche; durante todo el trayecto, el itinerario marcábale dos paradas para tomar agua. Era una noche tenebrosa; las señales, a la distancia, asemejábanse a estrellas que pasaban del rojo al verde a medida que se aproximaba el tren; la locomotora, una máquina a carbón, tenía la contrapuerta del hogar abierta, por donde arrojaba un haz de luz sobre el ténder repleto de carbón. Macuar, con una mano en el regulador y la otra en el freno, escrutaba las tinieblas; en aquellos momentos estaba entregado completamente a su misión, no acordábase de nada, ni de nadie; sentía que el frío le calaba las espaldas, lo helaba por detrás, mientras que por delante el calor de la máquina resultábale insoportable.

Corría el tren ruidosamente a través de los campos sumergidos en la obscuridad; el silbato largo de la locomotora volaba sobre ellos; bajo la bóveda estrellada, el eco repetíalo cada vez más distante; apenas distinguíase la forma fantástica de los montes cercanos a la vía.

El foguista hizo funcionar el inyector, sacó agua de la caldera, sirviéndose de la manga, y preguntó:

—¿Tomamos te, socio?

—Como quieras.—Dejó su sitio y miró el hogar, luego los vidrios nivel, el manómetro.—Hay que cargar el fuego.—dijo.

El fogonero cogió la pala, abrió la puerta de la caja de fuego; una claridad rojiza iluminó la casilla y el ténder; comenzó a echar carbón. Rodolfo preparaba el te: en medio de la obscuridad de la noche, parecían dos seres sobrenaturales envueltos en una inmensa llama.

Pasaron varias estaciones sin detenerse; al pasar por delante de ellas, Macuar sacaba medio cuerpo afuera, agachábase y extendía el brazo, embocándolo en el arco donde recogía "la vía libre".

Después apresuraba la marcha del tren en una obcecación dominante de acortar distancias, de devorar kilómetros.

Serían las veinticuatro cuando detuvo la máquina frente al depósito de agua, colocado al extremo del andén de una estación solitaria y casi sin luces. El "auxiliar", al lado de la campana, y el peón, sentado en unos bultos, aguardaban con los ojos cargados de sueño la partida del tren.

Rodolfo tomó la aceitera y el farol, e iba a saltar a tierra, cuando vió a César que subía a la máquina.

—¿Qué tal, Macuar? Parece que vienes corriendo bien.

—Pienso llegar en hora.

El inspector sonrió.

—Sin embargo, te has estado quejando que la máquina no responde.

—Sí, las válvulas de distribución no me convencen; trabajan mal.

—Las observaré durante el resto del viaje.

—¿Piensa venir en la máquina?

—Sí.

César púsose a observar el frente; a sus espaldas, Rodolfo, estremecido por una siniestra idea, arrugaba ferozmente el entrecejo. Oía la voz del odio, amordazada hasta entonces por su "yo" consciente, racional, instigarlo al crimen. ¡Mátalo! ¡Nadie lo sabrá! ¡Líbrate de él! La herencia atávica del hombre primitivo renacía en Macuar; se abultaron aun más las arrugas del entrecejo, apretó las mandíbulas con fiereza felina, vió todo rojo, sintió como un deseo voluptuoso de matar, y las córneas se le llenaron de sangre. Vaciló.

El fogonero, en la parte trasera del ténder, puesto en cuclillas, retenía la manga de agua mientras se llenaba el tanque. Un segundo, dos, y...

Súbitamente, Rodolfo asió la maza de partir carbón, alzóla en los aires y la descargó en la cabeza del inspector. El golpe, recibido en plena nuca, derribó a César; cayó como un bulto, inerte, exhalando un débil quejido. Macuar, indeciso, permaneció un instante con la maza en la mano. Luego abrió la contrapuerta del hogar y la arrojó al fuego. Ante el peligro que descubrieran el asesinato, un aluvión de ideas salvadoras le atravesó la mente. Era necesario sacar aquel cuerpo de allí; su crimen debía quedar impune. Rápidamente, escrutó con la mirada su alrededor. De un lado de la máquina, el peón que tenía a su cargo la columna de agua conversaba con el foguista; del otro no había nadie. Bajóse por éste, tendió las manos hacia el cuerpo de César y lo arrastró hacia fuera; cargó con él como si fuera un fardo y fué a depositarlo con la cabeza encima de los rieles, treinta metros más adelante de donde estaba detenido el tren. Cuando regresó, el foguista largaba la manga. Rodolfo sentía una opresión indecible en el pecho. Preguntó con voz ronca:

—¿Está lleno el tanque?

—Sí, socio.

Un peón se le acercó para entregarle "la vía libre"; él tembló como si fuera a acusarle; oyó el toque de campana, luego el silbato de los guardas dando la orden de partida, y abrió el regulador. Un sudor frío le corría por la frente y cerró los ojos; estaba inmensamente pálido, le pareció sentir bajo las ruedas el "crac, crac" del cuerpo que se deshacía, y un frío lacerante, un frío espantoso le corrió por la medula espinal...

Al día siguiente, al regresar a su casa, dijo a su esposa:

—Anoche arrollé a César con el tren. La policía cree que se trata de un suicidio o de un accidente. Yo creo lo mismo...

Marta no dijo nada; acababa de descubrir en los ojos de Rodolfo algo tan siniestro, que lo delataba como autor del crimen.

Los dos palidecieron. Macuar añadió:

—Habrá tranquilidad ahora.—Después de esto, fué y se lavó la cara.

Contra el mal humor

FRESCURA

Un mendigo llama a una puerta.

—¿Qué desea? —le pregunta la dueña de casa, acudiendo.

—Señora, ¿podría darme usted un pedazo de género que pueda servir para un remiendo y una aguja con hilo?

La señora se lo trae, y el mendigo añade:

—Ya que es usted tan buena, señora, ¿podría darme ahora un traje en que poder colocar este remiendo?

EN EL RESTAURANT

—Diga, mozo, ¿por qué recomienda usted a todos los clientes las albóndigas?

—Porque son de hace cuatro días, y si no se las comen los clientes nos las van a dar a nosotros.

EN LA REDACCIÓN

El poeta infortunado.—¿Ha utilizado usted algo de las colaboraciones que le envié por correo?

El redactor de la revista. —Sí; una estampilla que llegó sin timbrar.

¡MUCHA SUERTE!

La futura suegra. —Le aseguro a usted, Fernando, que si llegara a sacarme la grande, me moriría de la impresión.

El futuro yerno. —Pues... le deseo mucha suerte.

ALQUILER MÓDICO

La visita.—¡Estaréis encantados con este piso! ¿Cuánto pagáis de alquiler por él?

La dueña de casa. —No mucho. como Federico es muy amigo del dueño de la casa, sólo le ha subido el doble de lo que pagaban antes.

La visita. —¡Qué suerte tratar con una persona tan considerada!



La víctima (supersticiosa).—¡Menos mal que no es el número 13!

EN EL CEMENTERIO

—Aquí yace una señora
que tuvo fina tijera.
—¿Fué modista o costurera?
—No, señor; murmuradora.

COMENTARIO

—¿Has visto? —dice un seudoactor a otro. —El empresario ha pagado a todos los artistas menos al que hace los papeles de traidor. ¿Tú te explicas por qué?

—Sí. Lo hace para tener más éxito de público. Ese actor, cuando está enojado, interpreta mejor su papel.

DAR PIE

El novio. —¡Qué pálida estás hoy, Margarita!

Ella. —Pues, en tu mano está el hacerme enrojecer.

PIES Y MULETAS

A un tullido dijo Inés,
con el semblante severo:
—En mi casa, caballero,
no me ponga más los pies.
—Son sus razones discretas —
dijo el tullido al instante, —
por lo cual, en adelante,
pondré sólo mis muletas.

¡MÁS CLARO!

Un chico va a casa de una vecina por encargo de su madre:

—Dice mi mamá si quiere hacer el favor de darme un pedacito de género claro para un remiendo.

—Dile a tu mamá —le responde la vecina — que no me da la gana de dárselo..., que si lo quiere más claro!

EL TIEMPO DE AMAR

Un profesor distinguido
le preguntó a un escolar:
—Diga, ¿qué tiempo es amar?
—¿Amar? Es tiempo perdido.

EN EL ESTUDIO

El pintor. —Para mí, el ideal es el orden corintio.

El crítico. —Es cuestión de gusto; el mío está en el orden jónico.

El nuevo rico. —Respetables sus opiniones; pero yo prefiero el orden público.

ENTRE AMIGAS

—El jueves te vi en el cine Libertad muy amarteladita con un mozo rubio, alto...

—¿Era rubio y alto? Pues no me fijé.

PREMIO ESCOLAR

—¿Cuántos premios te han dado en el colegio?

—Uno menos que el año pasado.

—¿Y cuántos te dieron el año pasado?

—Uno sólo.

EL ABUELO

Una compañía de pésimos cómicos, en su jira por los pueblos del interior, en uno de ellos hizo su presentación representando un drama espeluznante, titulado "El Abuelo", cuyo protagonista era un octogenario.

Al terminar el primer acto el oficial de policía del pueblo se presentó en el escenario dispuesto a arrestar al director de la compañía.

—¿Arrestado yo? ¿Por qué?—protestó alarmadísimo el pobre hombre.

—Pues... ¡porque es una crueldad que hagan ustedes trabajar a un pobre hombre tan viejo!

¡POR SI ACASO!

—Con pies de plomo Ramón
va siempre a toda cuestión.
—Pues, si eso es cierto, Miguel,
no iré en mi vida con él
por temor a un pisotón.

MÁS GORDO

—¡Caramba! ¡Lo encuentro a usted algo raro! ¿De donde viene?

—Del restaurant..., de comer algo...

—¡Ah; eso es! Lo encuentro a usted más gordo que esta mañana.

INGRATITUD

La esposa, recriminando a su marido.

—¿De modo que te niegas a comprarme el collar de brillantes de doce mil pesos que te pedí? ¡Ingrato! Pero no importa; yo me vengaré de tí no llevándote flores a la tumba cuando te mueras.

CADENAS

Un desertor de presidio
le dijo a un hombre de bien:
—No va usted poco orgulloso
con cadena de "dublé".
Y el otro le contestó:
—Para cadenas usted,
que se ha subido al chaleco
la que llevaba a los pies.

Notas de la Semana



CELEBRÓ EL 25° ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN el Instituto Nacional de Niñas Sordomudas, cuya eficaz labor desarrollada durante este cuarto de siglo merece los más vivos plácemes. Con tal motivo, se rindió un elocuente homenaje a la memoria de su fundador, el doctor Osvaldo Magnasco, colocándose una placa de bronce, que perpetúa su nombre, en el cementerio del Norte. Esta fotografía muestra el momento en que fué descubierta la mencionada placa, en presencia de las alumnas del establecimiento y crecida concurrencia



ALUMNAS GRADUADAS en la escuela normal anexa al Instituto Nacional de Niñas Sordomudas, a quienes el ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, hizo en acto público la entrega de sus diplomas respectivos, después de dirigirle la palabra



EN LA RECOLETA se honró la memoria del gran jurisconsulto colombiano Florentino González, colocándose una placa de bronce sobre la tumba que guarda sus restos. El señor Claudio de Mateo, en nombre del Ateneo Hispano-Americano, leyendo el discurso alusivo al acto



ÉSTA ES LA ÚLTIMA MODA PARA AUTOMOVILISTAS EN NORTE AMÉRICA: llevar el retrato de la novia o el novio, o en su defecto, el de la actriz o actor favorito, en la parte delantera del automóvil. Esta señorita ha sido una de las primeras en adoptar la curiosa moda

FOTOS CASADA, GONZÁLEZ E INTERNACIONAL

Otro club de niños jardineros ha sido inaugurado en Buenos Aires



ACABA DE SER INAUGURADO EN EL BARRIO CAFFERATA otro club de niños jardineros, bajo el patrocinio de la Dirección de Plazas y Paseos. He aquí al más pequeño de ellos "punteando" la tierra





UNA PEQUEÑA JARDINERA REGANDO LOS TROZOS DE CÉSPED RECIÉN COLOCADOS. Obsérvese con qué cuidado derrama el agua de su regadera sobre la tierra sedienta



BAJO LA DIRECCIÓN DE UN TÉCNICO, niñas y niños aprenden amar los jardines viendo el trabajo que cuesta; cultivarlos y empleando prácticamente sus energías en trazar los canteros que luego serán el deleite de los paseantes



LLEGADA DEL BATALLÓN DE PEQUEÑOS JARDINEROS al lugar del trabajo. Esgrimiendo rastrillos y palas, alegremente se disponen a bajar del carro municipal que los condujo. La algazara de los chicos al darse por inaugurado el nuevo club fué indescriptible, exteriorizando su júbilo de las más pintorescas maneras

EN PLENA TAREA. Aquí los vemos transportando en carretilla los fragmentos de césped, que luego, unidos entre sí, formarán un bonito cantero. Hay que ver el entusiasmo con que estos niños empuñan las herramientas de jardinería. Es para ellos el mejor de los juegos, y, sin duda, es así, porque esta tarea que realizan de buena voluntad los aparta de las diversiones peligrosas de la calle



AQUÍ APARECEN, CON SUS NOBLES ARMAS DE COMBATE, posando ante nuestro fotógrafo, poco después de haberles entregado los utensilios de labor. Entre ellos se ven algunas de las personas que tienen a su cargo la dirección y vigilancia de los jardinerito[s]

FOTO GONZÁLEZ

La plaga típicoorquestal en las playas montevideanas

Por BRIC

DESPUÉS de la langosta y los "frankfurters", la orquesta típicopopular. No hay nada ni nadie que le quite a esta el derecho de integrar con aquellas la formidable trilogía de las plagas inextinguibles y recalcitrantes que en Montevideo han sido, hasta hoy, momento culminante de la estación balneario-turfísticocarnavalesca que durante el estío caracteriza a la metrópoli que, además del Cerro, también, y para no irle en zaga a la pampa misteriosa, tiene su ombú corpulento y legendario allá por los Pocitos, semejante a un gigantesco "barítono", de facción constante e irrelevable en la avenida España.

Pero la plaga típicoorquestal, que, como la langosta a los sembrados, se viene comiendo la paciencia y el sentido auditivo de las gentes de Montevideo, ha sentado sus reales en las playas, pura y exclusivamente.

¡Y hay que ver cómo se reproducen! Ni la langosta ni los mil y pico de revendedores ambulantes de chorizos más o menos alemanes, se multiplican con tan alarmante facilidad. Pero esto de la multiplicación no sería nada, a no mediar el riesgo gravísimo de la conmoción cerebral a que nos exponen a diario los quince shimmys, veinte tangos y catorce maxixas y fox-trotes que hienden los aires al unísono y en mortal competencia de sonoridades a que se lanzan las "típicas" playeras.

Por algo dijo Napoleón que la música era... lo que Napoleón dijo. ¡Si hasta se asegura por ahí que las "típicas", "jazz-band", etc., que es lo que ahora se oye, fué un invento anterior a Waterloo! Y la verdad es que no hay que pensar mucho para llegar a la convicción de que debe haber algo de cierto en la afirmación.

Menos mal que el bandoneón salva en parte los prestigios de esa especie musical. Las cadencias rezongonas del fuelle atenúan en algo esa desesperanza irremediable que se nos mete en el alma a cada golpe de batería o resoplido bronco del pistón de vara, o un pasaje de uña por el maltrecho teclado.

¡Es horrible!

Pero la gente sigue a las "típicas" por donde quiera que las "típicas" vayan.

Y corea, y aplaude, y pide bis.

El bar o quiosco playeros que no se vea favorecido por el concurso de un conjunto musical de ésos, no vive ni aunque obsequie con un cajón de champagne a cada parroquiano.

La plaga playera de la orquesta típica manda, y no hay mortal capaz de resistir a sus feroces embates armoniosos.

Que sufran los tímpanos y callen los quejosos, que la "típica" va a ejecutarnos algo...

Y nos ejecutará no más, aunque se resistan los melómanos irreconciliables con la música popular.

¡Qué le vamos a hacer!...

Montevideo, enero de 1925.



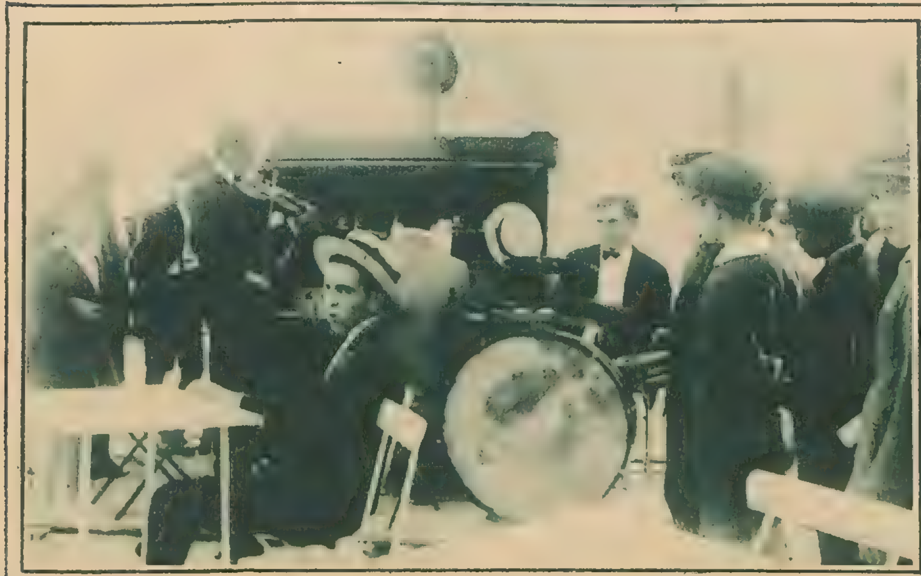
TODAVÍA QUEDAN ALGUNOS tañedores de guitarra por estas playas, donde imperan la "jazz-band" y la "orquesta típica". Son los últimos sobrevivientes de la implacable moda de todo lo que no es nativo



EN LA PLAYA DE CARRASCO se yergue esta bonita obra escultórica, titulada "El Sueño". Como es de mármol, está exenta del tormento "típicoorquestal"



UNA "JAZZ-BAND", la emperatriz de las orquestas actuales. Mucho ruido, mucha contorsión grotesca de los músicos y abundancia de gritos y silbidos: esta es la música que tan bien rima con el espíritu de la época actual



NO SON POCOS LOS CLIENTES DE ESTOS BARES AL AIRE LIBRE que, silbando, como este joven de sombrero echado sobre la nuca, llevan el compás de la "orquesta con batería". El tormento, entonces, es de una



NO FALTA TAMPOCO LA ORQUESTA INFANTIL, cuya directora es una mujer que, como la popular "Paquita", de esta capital, arranca quejumbres al bandoneón y hace las delicias de los amantes del tango sensual y sentimental al pro-

Notas gráficas de la capital



NUESTRO PRIMER MANDATARIO HA SIDO HONRADO CON LA ORDEN DEL CRISANTEMO, cuya insignia le fué entregada por el embajador del Japón ante nuestra República, Rokuro Moroi. La ceremonia se realizó en la Casa Rosada, siendo presenciada por numerosos diplomáticos, altos funcionarios y militares. Esta fotografía reproduce al embajador japonés y los primeros secretarios de la legación, todos ellos luciendo su uniforme de diplomáticos, poco después de realizada la ceremonia





LA FALTA DE BANCOS DONDE SENTARSE ha dado a nuestra plaza de Mayo, no el carácter de solaz y descanso que un jardín público debería tener, sino el de un inhospitalario lugar que las gentes atraviesan por ineludible necesidad

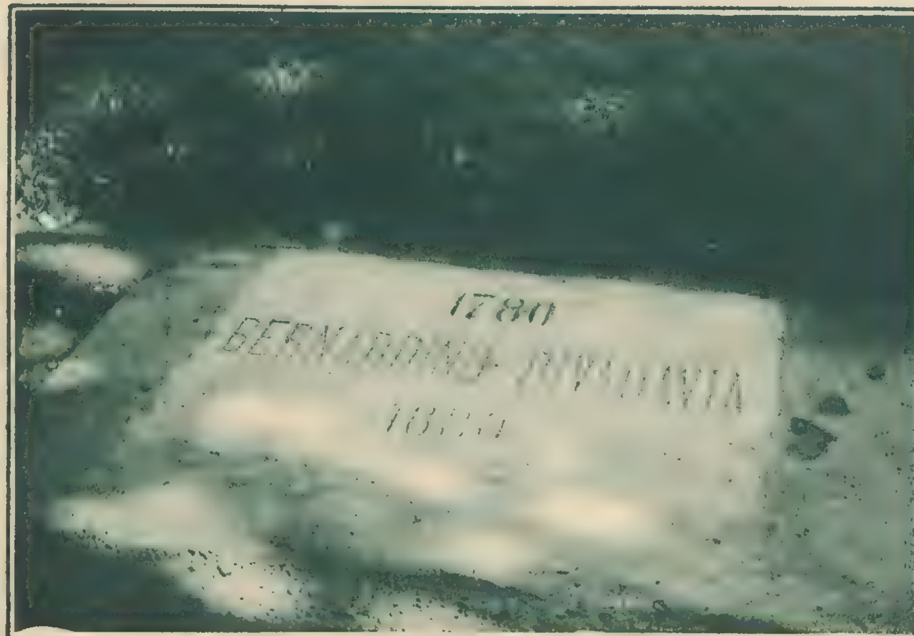


UNA PRUEBA MÁS DE LA BUENA ARMONÍA que reina entre los gobiernos extranjeros y el de nuestro país acaba de darse últimamente, presentando sus credenciales el nuevo ministro de Noruega, señor Jakhellin, quien manifestó al doctor Alvear el propósito de vincular aun más estrechamente ambos países



ÉSTA ES LA FACHADA DEL AMPLIO EDIFICIO DE PROPIEDAD DE LA ASOCIACIÓN AMATEURS. Pocas instituciones de aficionados de football del mundo poseen un local como éste, lo que evidencia una vez más cómo se ha desarrollado brillantemente este juego entre nosotros y cómo el público ha apoyado con eficacia la vida del football, muchas veces pagando entradas por demás excesivas para presenciar los partidos





¿SABE EL LECTOR DÓNDE ESTÁ ESTA GRUESA PIEDRA que ostenta el nombre de uno de los que fueron nuestros más grandes repúblicos? Pues en la misma plaza de Mayo, perdida, olvidada de todos... Se colocó hace años, con la piedra fundamental del monumento..., que todavía no se ha comenzado a hacer... Esta incuria nos condena a todos por igual

LA MUNICIPALIDAD DEMOLIÓ, HACE TIEMPO, parte del edificio de la calle Rivadavia y Medrano, por estar fuera de línea. Pero la demolición fué hecha a medias, como lo demuestra esta fotografía, en la que puede verse una rinconada antiestética y no se sabe, al fin, cuál de las dos paredes es la que está a nivel. Además, ¿hasta cuándo ha de tolerarse este espectáculo de suburbio?



CON LA INESPERADA LLEGADA DE LOS VALIENTES AVIADORES FRANCESES, que acababan de cumplir su notable "raid" Río de Janeiro-Buenos Aires, la demostración que el Aero Club Argentino brindaba a nuestro compatriota Hillcoat adquirió una doble significación de homenaje, alterándose el orden de la cabecera de la mesa, en la que, rodeando al presidente de la institución antedicha, doctor Aldao, se colocaron los pilotos recién llegados y el obsequiado. El brindis del doctor Aldao, haciendo el elogio de la proeza de Hillcoat, se hizo extensivo a la hazaña de los bravos hijos de Francia



CUENTA CON LOCAL PROPIO LA PROGRESISTA ASOCIACIÓN AMATEURS DE FOOTBALL, cuya inauguración ha sido hecha recientemente, celebrándose con un animado "lunch", del que participaron numerosos representantes del deporte y periodismo argentinos. Nuestro grabado reproduce parte de la concurrencia que asistió a la fiesta inaugural



¡RIEGUE SU ÁRBOL, SEÑORA! es, actualmente, la palabra de orden, para las buenas amas de casa que viven en calles arboladas. Todo el mundo, chicos y grandes, pobres y ricos, deberían aunar sus esfuerzos para conservar los árboles, que junto a los pájaros, a las flores y a los niños, hacen de la vida una cosa menos triste y más llevadera

FOTO LOUZÁN, GONZÁLEZ Y PADILLA





LA FINAL DEL CAMPEONATO DE HURLING constituyó un interesante encuentro que fué presenciado por numerosos aficionados. Este es el equipo de "Capilla Boys", que venció al de "Mercedes"



REÑIDO ENTREVERO en el que el back de "Mercedes" fué golpeado accidentalmente en un ojo, cuando defendía su valla que amenazaba ser vencida bajo el rudo ataque de los adversarios



CURIOSA MANERA DE VERIFICAR si hay un número exacto de jugadores. Los capitanes de los equipos, formando un arco, van contando a sus hombres antes de iniciarse el partido

COLOCACIÓN DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL para el nuevo edificio de la Federación Agraria Argentina, de Rosario. Autoridades de esta ciudad y el presidente de la Federación







UN CASAMIENTO EN LA PENITENCIARÍA de Rosario. El penado D. Ferreyra acaba de contraer enlace con la señorita Rosa Quevedo, acto que por sus circunstancias especiales suscitó muchos comentarios en la ciudad rosarina. Esta fotografía muestra a la pareja poco después de la ceremonia



RODEANDO A LOS NOVIOS CASADOS EN LA PENITENCIARÍA DE ROSARIO, aparecen aquí los padrinos y la concurrencia que presenció el original enlace. A muchos penados se les permitió también presenciar la ceremonia, como lo reproduce este grabado

FOTO MARTÍN Y GONZÁLEZ

La hora del baño en Mar del Plata



DESPUÉS DE UN BAÑO AGITADO por el fuerte reflujo, y con el aire tonificante de la playa, no se puede esperar hasta la hora del almuerzo para acallar el apetito: ¡qué oportunos llegan entonces los improvisados sandwiches caseros!



UN FUTURO TIRABOSCHI. El más joven de los que, en la playa Bristol, se animan a desafiar la violencia de las olas



UNA DE LAS TANTAS ONDINAS CRIOLLAS, que sólo puede envidiar a las de Mack Sennett la poca ropa



ENTRE ONCE Y DOCE. Un poco de conversación en la playa; proyectos de paseos y de bailes; lectura de los diarios del día anterior; una joven de lacia melenita meditando...



"LA RONDA CATONGA", de los bañistas jóvenes, que todavía no conocen las inquietudes de un "flirt" en el Ocean Club, ni las dolorosas experiencias del "Treinta y cuarenta"; pero para los cuales todo es agua, sol y aire.



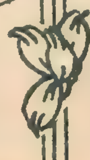
PADRE ORGULLOSO que, a la hora del baño, sueña que su vástago será campeón de "basket ball" y de natación, para que no terminen los Dumas, Garramendys y Macieles

Las últimas inundaciones en Buenos Aires



MÁS DE CINCUENTA CENTÍMETROS fué la altura que adquirió el agua, durante la última inundación, en la calle B. Mitre y Yatay. El tranvía Lacroze, que aparece en el fondo de esta fotografía, se vió obligado a detenerse durante varias horas





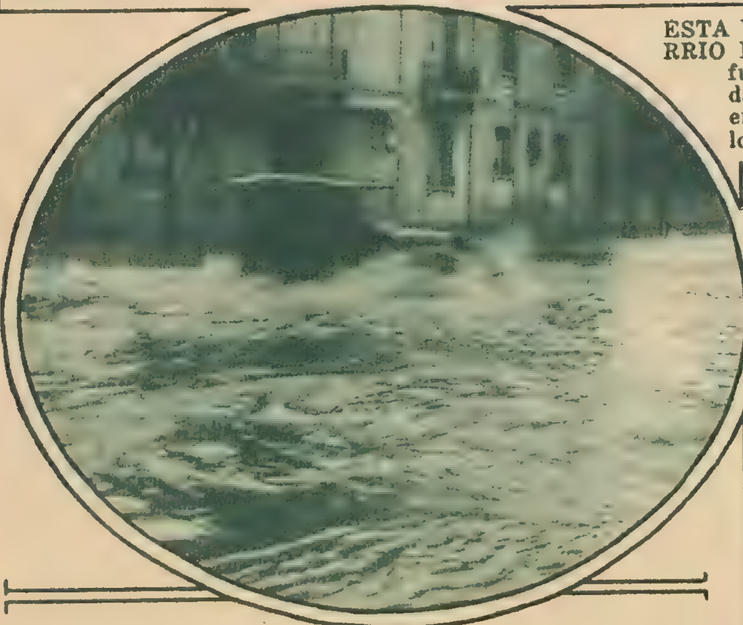
LA EMPRESA ANGLO-ARGENTINA levantó hace tiempo las vías, formando una especie de puente, en la calle Río de Janeiro, entre Chubut y Ramos Mejía. Esta medida ha sido inútil: el agua cubrió en gran parte los rieles y detuvo los tranvías



ESTA VISTA PERTENECE AL BARRIO DE LA BOCA, cuyos vecinos fueron bloqueados por la inundación durante muchas horas, empleándose en algunas casas los servicios de los bomberos



NO ES UNA LAGUNA, sino la esquina de Canning y Castillo lo que representa este grabado, donde se ve a un núcleo de chicos del barrio que aprovechan la ocasión para bañarse y hacer ensayos de natación al aire libre



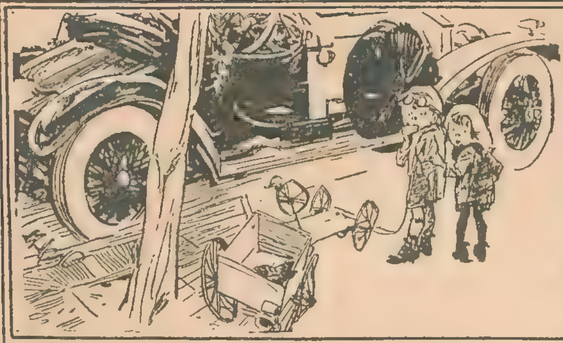
LA CALLE YATAY, por donde antaño corría un arroyo que ahora ha sido "entubado", en cuanto caen cuatro gotas quiere volver a ser lo que fué, sobre todo desde Rivadavia hasta Díaz Vélez, donde más que arroyo parece un verdadero río



EN TRIUNVIRATO y Frías hay un puente para transeúntes, que fué materialmente asaltado. Mujeres y hombres se apiñaban para pasar por él, en tanto el agua iba creciendo cada vez más, hasta que el tráfico quedó paralizado

FOTO GONZÁLEZ

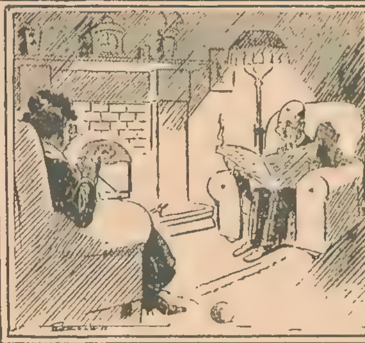
La vida en broma



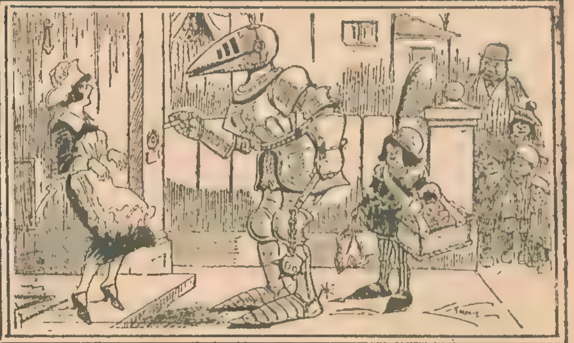
María, ¿no te lo decía yo? Tu automóvil es diferente, como que tiene el volante afuera.



El señor López (después de un accidente ferroviario). — ¿Dónde estamos, Dios mío?
El guarda. — Estamos en un aprieto de la madona, señor.



El señor García. — Es extraordinaria la cantidad de dinero que ganan los boxeadores. No sé por qué no se me ocurrió hacerme pugilista, en vez de tenedor de libros.



El caballero antiguo. — No se asuste, niña; soy un simple vendedor de la célebre pasta "Sacabrill", excelente para limpiar y pulir metales.

EL VAGO CRÓNICO



La nena. — Tío, ¿para qué sales a cazar con un perro? ¿Tienes miedo de las liebres?



Ella. — Vamos a cambiar de asiento. Aquí no hay ninguna sombra.
Él. — Me extraña, querida; aquí se está muy bien.



El padre. — ¿No tienen vergüenza de ir al cine sin haberse lavado la cara?
El mayorcito. — ¿Pa qué? Si no hay luz...



La mujer. — ¿Y? ¿No ibas a lustrar los pisos?
El marido. — Tuve que dejar ese trabajo. Las manos me temblaban de tal manera...
La mujer. — Bueno. Entonces batí los huevos para la tortilla.



— Abuelito, ¿estuviste en el arca?
— ¿En el arca? ¿Te has vuelto loca?
— Entonces ¿por qué no te ahogaste?



El muchacho.—No se alarme, señora. Este pichicho no come carne cruda.



El recién casado. — ¿Qué hace usted, hombre? Va a romper el baúl.
El changador. — No tenga miedo. Siempre dejo caer los baules con fuerza, para que la gente se dé cuenta de que son pesados.



Él. — Hace más de una semana que quiero hacerte una pregunta.
Ella.—Pues, hazla; hace ya meses que tengo la contestación preparada.



El pescador aficionado, siguiendo su costumbre de exagerarlo todo, habla a sus amigos de su primogénito el día de su nacimiento.



El hermano.—No te permito que hables de esa manera. Yo no soy papá, ¿entiendes?



—¿Por qué me miras?
—Papá dice que se ha hecho usted por sí mismo.
—¿Y qué tiene eso de particular?
—Nada; estaba pensando por qué se habrá hecho tan feo.

La moda elegante al



Pochita se casa. — Y como toda linda novia o joven esposa en su feliz luna de miel, tiene Pochita finamente aguzado el sentimiento de la coquetería. ¿Qué no hará Pochita para parecer agradable hoy a su novio, mañana a su joven esposo? La novia pera a su prometido ataviada con las más gentiles "toilettes" de casa, en el afán de parecerle encantadora; la esposa, estudiará celosamente todos los detalles de su tocado, para parecer a su maridito tanto o más seductora en la vida íntima que en la vida de sociedad, donde conquistara su corazón. De suponer es el celo y el afán con que Pochita elegirá las prendas de uso dentro de casa. para no resultar vulgar y descuidada, el esmero y refinamiento con que combinará sus tocados para mantener vivo el entusiasmo del compañero amado que le reservó el destino.

Entre las prendas susceptibles de esta cuidadosa selección para Pochita, está la cofia de casa, que retiene sus cabellos y al mismo tiempo sirve de gracioso marco a su rostro. La elección de una cofia no es una cosa vulgar; porque la cofia en casa como el sombrero en la calle son las prendas que más afectan y alteran la gracia del rostro.

Ir a una casa del ramo y encontrar una rica y elegante cofia que convenga y siente bien y adquirirla pagando por ella lo que sea, es cosa fácil. Lo que ya no lo es tanto y tiene seguramente mucho más mérito, es conseguir el mismo resultado sin salir de casa y con muchísima más economía. Y, sin embargo, esto último es también realizable en forma bastante sencilla y práctica.

Pochita tendrá, seguramente, algunos trozos de encaje, algún retazo de tul o seda de fantasía. No necesita hacer con ellos confección alguna: le bastará reducirlos a las dimensiones convenientes. El grabado le dará idea de cómo aplicando graciosamente a su cabeza ese fino cuadrado de tela y fijándolo ingeniosamente al rodete con una cinta rococó o una guirnalda de rosetas de seda, habrá improvisado una cofia ideal por más de un concepto.

Pochita en Mar del Plata. — Nuestra consecuente amiga hará este año, en compañía de su joven esposo, un viaje a Mar del Plata, donde se propone prolongar su luna de miel acariciada por las brisas marinas y arrulladas por el esplendor social del balneario de moda.

Como es natural, se preocupa estos días de sus "toilette" de viaje, y no hay idea que su sagaz espíritu no aproveche discretamente, con tal de que sirvan para ayudarla a proveerse con un sentido práctico y elegante a la vez.

Este criterio es el que corresponde a mujeres de buen gusto y que a la par tienen un serio y prudente concepto de la economía que conviene siempre armonizar con aquella otra condición.

Debe tenerse en cuenta que en las playas los cambios de temperatura suelen ser frecuentes, súbitos y agudos, y de acuerdo con tal antecedente debe irse prevenido para contingencias tan opuestas. Un vestido ligero, vaporoso, que sentará a maravilla en un día sereno, a pleno sol, sobre la ardorosa arena resultará comprometido, nada confortable, en una de esas tardecitas muy frecuentes en los puertos de mar, en que un descenso repentino de la temperatura sorprende a los veraneantes con una refrigerante e impetuosa brisa que obliga a recurrir a ciertos atavíos de media estación discretamente incluídos en el bagaje.



Para el primer caso, a Pochita le sentará muy bien un vestidito estival, vaporoso, elegante, de crepalga blanca, que figura en esta página. La túnica fruncida a los costados, sobre un "fourreau" estrecho, compone un conjunto muy seductor; y el corpiño liso tiene el atractivo del écharpe que lo acompaña, que tiene una doble y real utilidad, pues así tendido afecta un adorno elegantísimo, y en caso necesario, el écharpe corbata, enrollado graciosamente al cuello cumple sus funciones de confort.

Para las horas de bajas temperatura el caso es más complicado, pues no resulta, en rigor, lo más "chic" recurrir a prendas de riguroso invierno, como pieles, abrigos, etc., empleándolas sobre "toilette" de verano. Discreto y elegante es contar con vestidos a propósito para tales ocasiones; pero esto que puede parecer oneroso, puede reducirse también a extremos prácticos, son los que queremos estudiar y recomendar.

Es el caso del vestido escocés de otro de los grabados que acompañan esta nota. Es un vestido de medio tiempo, cu-

alcance de las lectoras

yo grado de confort depende de la aplicación que se haga del écharpe capa, que le sirve de complemento. Este écharpe evita el engorroso abrigo, o se reduce para envolver simplemente el cuello, o bien se echa sencillamente al brazo en caso de que fatigue sobre los hombros.

Suprimiendo por completo la capa écharpe, el vestido resultará ligero, cómodo y encantador, y Pochita, adoptando un modelo igual o semejante al que le recomendamos, se habrá prevenido contra una de las más frecuentes contrariedades que se suscitan en la vida de veraneo a la orilla del mar.

Un pequeño bolero. — Que algunas modas actuales vienen de España, se ha podido ver por el auge de ciertos adornos y bordados, por la boga de los chales y por la reaparición de los pequeños boleros que se ven, formando juego el algunas "toilettes" estivales de buen gusto. Es una moda fácil de imponer, porque el bolero es una prenda sencilla, cómoda y graciosa.





Algunas pequeñas indicaciones servirán a nuestras lectoras aficionadas a la confección para proveerse de esta prenda, que admite diversas combinaciones de géneros y de adornos, y forma siempre sobre un "fourreau" sencillo y recto, de género igual o distinto, conjuntos muy vistosos y elegantes.

Para confeccionar un bolero dado como el grabado, que es de "velours" negro, acompañando un vestido del mismo género, es suficiente 1,10 metros de tela de poco ancho, 60 centímetros a lo menos. El modelo del grabado está ribeteado con una cinta de raso negro, cosida simplemente a la máquina, y cuyo borde está cubierto por un punto de festón de hilo de oro.

El esquema que acompaña da precisamente las dimensiones que corresponden a la espalda y el delantero, piezas que entran exactamente en el pedazo de tela (1,10 por 0,60) de que hemos hablado.

Para vestir elegante. — A "Rubia del litoral", que siente gran simpatía por la moda de los plegados, que son uno de los más resaltantes atractivos del vestido de la estación, y que nos pide modelos en que se apliquen aquéllos en forma original y graciosa, dedicámosle hoy un modelo muy interesante en que puede apreciar los efectos que desea, adoptándolos de la misma manera o de alguna otra que pueda sugerírsele del examen del mismo.

Como verá nuestra amiga lectora, es un lindo blusón de los que hoy mucho se estilan, cuyo original atractivo está en la combinación de los plegados horizontales y verticales, de que se componen el bajo, la larga pechera y el canesú del blusón.

A algunas parecerá un recargo excesivo de plegado; pero siendo la parte de éstos del mismo género y color del cuerpo de la blusa, el conjunto resultará de una delicada elegancia.



Si se desea reducir la prenda a un estilo más sencillo y práctico, todo lo plegado puede substituirse con pequeñas alforzas aplicadas en la misma disposición; se tendrá así una linda blusa para casa y fácilmente lavable; pero si se pretende vestir una blusa para vestir, se recomienda el plegado, como de mayor elegancia y novedad.

Como hemos dicho antes, este mismo motivo puede sugerir otras disposiciones análogas más reducidas, que surtirán efectos parecidos.

Queremos hacer notar que la pechera, el canesú y el bajo llevan como adorno, formando una pestañita, rositas rococó que, para una blusa de uso diario, pueden substituirse por un galoncito o una cinta adecuada.

Las confecciones prácticas. — ¿A qué mujer, por modesta que sea, pero que tiene el instinto de coquetería común a todas, no le agradará poder lucir en su propio hogar, en las primeras horas de la mañana, al iniciar las labores de la dueña de casa, una "toilette" matinal de esas que aparte de la comodidad que reportan son al mismo tiempo exponente de buen gusto y elegancia?



Sólo aquellas que son por naturaleza desidiosas o descuidadas están exentas de esta preocupación, pues ninguna otra circunstancia justifica prescindir de lo que tanto enaltece la condición social de la mujer que procura realizar tan sencillo propósito.

Por otra parte, las "toilettes" elegantes de casa no son precisamente lo que muchas se creen, ni acusan ostentación vana, ni alteran el presupuesto doméstico. Lo que corresponde es saber apreciar las circunstancias y ponerse al alcance de las mismas.

Un kimono o un simple peinador de seda son, realmente, prendas que no están al alcance de todos los bolsillos; y aspirar a ellas es, para muchas que sabrán vestirlas con donaire, pretender un imposible.

Sin embargo, una mujer de sentido refinado verá logrado su objeto si tiene ingenio y buen gusto para realizarlo y sabe prescindir del lujo sin menoscabo de la elegancia de su porte.

Seguramente que ninguna de nuestras lectoras dudará de la elegancia del paletó que reproduce el grabado, acompañando una "toilette" de interior de casa. Pues cualquiera de ellas podrá lucirlo por mucho menos de lo que le cuestan algunas prendas ordinarias, confeccionándolo con una cretona de lindo dibujo que convenga, por el color y el estilo, a la condición de su físico.

Pequeño correo. — A "Porteña". En cualquier tienda de alguna importancia encontrará usted el adorno que necesita.

Qué es el valor moral

Por M. F. González

RECORDAMOS siempre la intrepidez de nuestros soldados, el arrojo de sus generales y las innumerables victorias obtenidas en el campo de batalla, pero no recordamos nunca la lucha sorda y tenaz que sostienen miles de almas fuertes en las rudas contrariedades que tanto abundan en el curso de la existencia.

Por eso nos proponemos hablar, no del valor guerrero, por el que siempre sentimos admiración, sino de otro valor todavía más hermoso: del valor moral; ese valor del que tenemos necesidad en todas las circunstancias de la vida, desde la más temprana edad.

Las desgracias, las enfermedades, los reveses, la pobreza, el fracaso, las decepciones, la calumnia, el abandono, etc., son poderosos enemigos que amilanan y ante los cuales se necesita tanta presencia de ánimo, y tanto denuedo para afrontarlos, como en el terreno de la guerra mismo; y la victoria cuesta cara, tan cara, que no se la consigue con sangre del cuerpo, sino con sangre del alma; por eso el que triunfa es digno del laurel inmarcesible.

Hablamos, en fin, de la fuerza que anima, tanto al estudiante sin recursos que sabe sobreponerse a las dificultades que se le presentan para llegar a la consecución de sus ideales, como la que induce al agricultor a sembrar de nuevo después de haber visto malograda la cosecha; de la que hace mirar de frente su infortunio al comerciante a quien un mal negocio le condujera a la bancarrota.

Nos referimos a ese algo que obliga a ocultar el sufrimiento que produce, ya sea una enfermedad incurable, o la eterna separación de un ser querido: trato de la energía mediante la cual uno lucha consigo mismo para ahogar las pasiones dentro de su propio quicio y resistir a las tentaciones que ofrecen los placeres y los vicios; del brío que no desaparece ante ningún sinsabor.

Hablamos del valor que puso a prueba a Sócrates bebiendo la cicuta, a Colón tratado de loco y visionario, y a otros muchos grandes hombres. Y, finalmente, de lo que ponemos de manifiesto si no nos descorazonamos ante algún contratiempo, y no nos abatimos ni nos inmutamos ante las dificultades, por grandes que sean.

Lector: si nos has entendido, escudriña tu conciencia y averigua si así como te sentiste con fuerza para demostrar en una posible guerra tu amor por la patria, tienes ánimo para luchar con viril pujanza contra los enemigos mencionados, de cualquier clase que fueren; ensaya desde hoy tu voluntad, ejercítate desde temprana edad; el ejercicio será estimulante poderoso para ti. Si trazas mal un diseño, si no aprendes pronto una lección, si fracasas en algún intento bueno, no te canses, ni te desalientes. No te quejes, porque eso es pedir socorro y debes confiar en tus propias fuerzas; no te abandones, porque eso es huir e implica cobardía.

Si te hallas frente a un problema que no puedes resolver, no te impacientes hasta darle solución; piensa que es la imagen del que resolverás en lo futuro: el problema de la vida, al que muchos no hallan solución. En todos estos casos recomienza el mismo trabajo con afán perseverante y alcanzarás el premio, porque tuyo será el resultado.

Todo esto, y muchos otros casos surgidos de múltiples ocasiones fortuitas, constituyen el valor moral. Su ausencia del espíritu conduce a la desesperación, a la locura o al suicidio.

La opinión de nuestros lectores

EN SU OPINIÓN, ¿DEBEN LAS JÓVENES QUE TRABAJAN AYUDAR A SUS MADRES EN LOS QUEHACERES DE LA CASA?

Yo no sé si las hijas debemos ayudar a nuestras madres en las horas de descanso, pero, francamente, no me hace mucha gracia tener que limpiar la cocina por las noches, después de cenar, en lugar de salir con mis amiguitas a dar una vuelta a la manzana, y lavar los pisos todos los domingos por la mañana, tenga ganas o no. Las hijas que trabajamos fuera de casa y traemos un sueldo mensual, deberíamos estar consideradas como los varones, que contribuyen con una cantidad equivalente a una pensión, y no tienen obligaciones y se lo encuentran todo hecho. — LUZ CORTINAS.

* * * **Es una pregunta ésta, difícil de contestar.** Soy padre de cuatro chicos, dos varones y dos mujeres, y opino: las mujeres, sí, deben ayudar a sus madres a atender la casa y sus hermanos, aun trabajando afuera. Únicamente no debían ayudar a sus madres, cuando éstas, en lugar de atender la casa, se pasaran las horas muertas charlando con las vecinas, y, sobre todo, poniendo en ridículo a todo ser humano. — APOLINARIO ESTÉBANEZ *(La Plata).*

* * * Yo soy una modesta empleada en una casa de comercio, y, **por las noches, al llegar a casa, ayudo a mi mamá en sus quehaceres.** Jamás se me ha ocurrido preguntar si tengo o no tengo obligación de ayudarla, y es porque soy una buena hija y vengo creyendo desde la infancia que ayudar a su madre es propio de hijas modelos..., que no deben abundar, desgraciadamente. — ANITA FERNÁNDEZ *(Capital).*

* * * ¡Sí! — HILARIA CABANILLAS *(Rosario).*

* * * **¡No! Es triste que al regresar a casa, con deseos de descansar de las fatigas del día, le esperen a una los platos del mediodía por lavar, las camas por hacer y la comida en veremos.** Bueno; esto me ocurre a mí, pero no debe ocurrirle a nadie más. Está mal que lo diga, pero tengo una mamá muy abandonada, que no se preocupa de sus quehaceres y me obliga a mí a hacerlos. A veces tengo tentaciones de abandonar el hogar a la ventura. ¡Quién sabe si muchas chicas que abandonan el hogar no lo hacen por esta razón!... — ANGELA R. *(Capital).*

¿QUÉ OPINA USTED DE LA MELENITA?

Decidme, ¿por qué se distingue la mujer? ¿Por sus exterioridades o por sus hechos? Por estos últimos, responderéis todos a la vez.

Pues, si es así, ¿por qué esas opiniones tan absurdas y carentes de lógica con respecto a la melena?

La mujer, mala o buena, no se revela por su peinado. Puede usar larga cabellera o melena, y ser siempre la misma. Sólo sus hechos son los autorizados a decir la verdad de sus cualidades. — RIZOS CORTOS *(Buenos Aires).*

* * * **La mujer, con el uso inmoderado de la antiestética melena, reafirma plenamente su solidaridad definitiva con la materia vulgar,** de la cual es la más genuina representante, y se concreta a demoler, sin reparos, su insignificante y estéril espiritualismo.

Las Sagradas Escrituras aseguran con lujo de detalles, que la mujer, desde los primeros días de la creación del universo por el Supremo Hacedor, al tentar al hombre que comiera la manzana prohibida, puso de manifiesto su espíritu absolutista, su moral enfermiza y su temperamento reaccionario. Desde aquellos tiempos prehistóricos, hasta nuestro siglo XX, ni la más leve variación se ha operado en la contextura moral de la mujer. Sumamente materialista, contaminada de sentimientos maquiavélicos, y completamente indiferente a sus verdaderas finalidades de mujer, ella permanece aferrada a su vanidad hilarante, a su egoísmo sórdido y a sus vicios inveterados, y no le importa un ápice la parodia ridícula que representa en nuestros días con sus extravagancias quijotescas. — HURACÁN *(Rosario).*

¿DEBEN LAS OBRERAS Y LAS EMPLEADAS VESTIR LO MISMO QUE LAS "NIÑAS BIEN"?

Yo opino que tanto las obreras como las empleadas y las "niñas bien" deben vestir lo mismo. Todas son mujeres y todas han nacido del mismo modo: en cueros. Claro está que luego, las que han nacido en mejor posición pueden cubrir sus carnes con mejores telas y con menos sacrificios..., pero no con más derechos que las pobres. — CATY Y MINA *(Tucumán).*

* * * **Las obreras o empleadas que han tenido la desgracia de nacer pobres, ¿por qué no han de vestir igual que las niñas tituladas "bien"?**

¿Qué dirían esas "niñas" si mañana la suerte les fuera adversa y tuvieran que emplearse? Y yo pregunto:—¿Existen las niñas bien? — J. P. ÁLVAREZ *(Campo de Mayo).*

* * * **Las obreras y las empleadas deben vestir de diferente modo que las "niñas bien",** para que así todas sepan cuál es la mujer que se viste con el dinero ganado con el sudor de su frente, y cuál la que viste a costa de sus padres, que las más de las veces se empeñan para satisfacer la vanidad de sus hijas. Esta es mi modesta opinión. — ZORRO GRIS.



El rincón de los niños

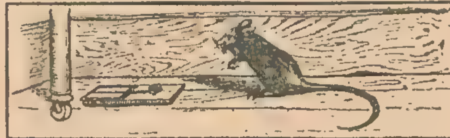
LA IMPRUDENCIA DE LAUCHITA

Aburrida de estar siempre encerrada, una lauchita inexperta se lanzó un día a conocer el mundo, a pesar de los consejos de su madre, que temblaba al pensar que su hija se iba a exponer a los mil peligros de la libertad.

Al principio la lauchita sentía bastante miedo, y se deslizaba prudentemente por debajo de los muebles. Pero animada por el silencio, y viendo que no le ocurría nada, se hizo más valiente y se arriesgó a correr por todas las habitaciones.

Iba muy contenta, cuando al pasar por un rincón sintió un olor riquísimo. Miró a su alrededor y vió un pedacito de queso colocado sobre un aparato muy raro.

—¡Ah! Esta debe ser la trampa de que tantas veces me habló mamá, y que le causa tanto terror... Pero yo me la figuraba más grande. Este aparatito parece insignificante. ¿Será realmente tan peligroso como dicen? Quizá haya exagerado mamá; la pobre se asusta de todo, y vive temblando... Y, ¡qué rico parece ese pedazo de queso! Dan ganas de comérselo... Si hubiera algún me-



dio de sacarlo sin que saltara la trampa. ¡Qué gracioso sería ver la cara del que la armó al encontrarla sin ratón y sin queso! Por lo pronto, bien puedo olerlo, porque en eso no hay peligro.

Y cuanto más lo huele más ganas le dan de comérselo. Tantas vueltas da alrededor del queso, para ver cómo se lo podría llevar, y tantas veces acerca el hociquito para olerlo, que acaba por tocarlo sin querer. Asustada se echa atrás, pero ya es tarde: suena un chasquido, se cierra la trampa, y muere la lauchita, víctima de su imprudencia.

A los niños, lo mismo que a la lauchita, les parece que sus padres les prohiben cosas que son peligrosas, porque, como no tienen experiencia, no ven sino el placer inmediato que les proporcionaría, sin comprender que las consecuencias pueden ser muy graves. "No se debe nunca jugar con el peligro."

LOS TOPOS



Este es un bonito juego para realizarlo en la playa o en un sitio espacioso.

El niño que dirige el juego es el "hombre", y todos los demás son "los topos". Estos últimos deben estar con los ojos vendados, y el hombre los coloca separados. Luego él va y alrededor pone varios palos en la arena, tal como muestra el grabado. Debe haber cuatro palos más que el número de jugadores.

Cuando el "hombre" dice: "sigan los topos", tienen que salir de su sitio y probar de encontrar los palos; el que encuentre mayor número de ellos ganará el juego.

Resulta divertido ver cómo se arrastran y tropiezan entre ellos mismos para conseguir su objeto.

EL PAYASO



Fíjense en la figura del payaso. Si ustedes la observan detenidamente verán que cada parte de éste: gorra, escote y todo, ha sido hecho en una sola línea.

Colocando el lápiz en la parte inferior de la oreja izquierda, y siguiendo la línea, encontrarán que termina debajo del ojo derecho.

UN LORO EXTRAÑO



Con dos conos de pino, uno más chico que el otro, una varita o lápiz y una tapa de lata, ustedes pueden hacer un loro parado en su percha.

Al cono que forma la cabeza se le agrega un pico curvo hecho de cartulina, luego se pegan los dos conos juntos, constituyendo el cuerpo del loro. Se pinta todo éste de verde y amarillo o rojo y verde.

Para hacer la percha primeramente se pega un disco de corcho en el centro de la tapa. Dentro del corcho se asegura firmemente la varita, teniendo una cruz de madera en la extremidad superior para que el loro pueda pararse. Se enrosca un trozo de alambre fino alrededor del cuerpo y se traen hacia abajo las dos extremidades del mismo, se doblan, asegurándolas alrededor de la percha. El pequeño loro parecerá más verdadero si se le coloca una cola de plumas o hecha de cartulina pintada.

FÁCIL DE HACER



Este bonito alfiletero se hace con cartulina, que forma la tapa, que puede ser forrada con seda o raso, o si no pintada exteriormente, parecida al modelo.

Las hojas del libro se fabrican con un pedazo de franela blanca, se cortan los bordes en forma de ondas y se cosen en el dorso de la tapa.

Dos pequeñas cintas o cordón de seda se cosen en el centro y a los costados de la cubierta para formar un moño. Un paquete de agujas arregladas en las hojas completarán este útil regalo.

Rarezas, extravagancias y curiosidades

Un admirador de Edison, fallecido en Berea hace algunos años, había manifestado algún tiempo antes de su muerte, que le agradaría ser enterrado con acompañamiento de fonógrafo. Sus amigos respetaron este extraño deseo, y al sacar el ataúd de la casa mortuoria, un gramófono entonó marchas fúnebres.

La extravagancia en cuestión de calzado que más llamó la atención, fueron unos zapatos hechos con plumas del pecho del colibrí. En Londres se exhibió un par cuyo precio era de dos mil quinientos pesos oro.

Durante el pontificado de San Dámaso, acaeció en Roma un suceso realmente extraordinario. Celebróse en la Ciudad Eterna un matrimonio en extremo singular: el de un hombre que había tenido ya veinte mujeres con una mujer que había tenido nada menos que le friolera de veinte maridos. Inútil es agregar que ambos eran muy ancianos.

Desde que la mujer ha empezado a practicar el sport, sus manos han engrosado de manera bastante visible, al decir de un guantero. Apenas se venden ya las medidas menores tan generalizadas antes. Este aumento de tamaño, lejos de ser la pérdida de un atractivo femenino, constituye un encanto más de la mujer, pues nadie prefiere la frágil mano de una muñeca, incapaz de sostener una taza de te, a la fuerte, sana y llena de vida de una muchacha que rema o juega al tennis. No desdeñen las niñas la cultura física por evitar que su mano o su pie tengan unos milímetros más.

Edison, el famoso inventor, lleva un reloj que le ha costado menos de cinco pesos. Hace poco sus admiradores le regalaron un magnífico cronómetro, que el ilustre americano se apresuró a guardar en un cajón.

Los boxeadores suelen usar una solución de sal, agua y trementina para endurecerse las manos.

Mucho antes de usarse platos, tenedores y cuchillos, era adminículo indispensable en toda mesa el salero. Homero dedicó versos en alabanza de la sal, a la que consideraba como un obsequio hecho por Dios a los hombres, y tanto los griegos como los romanos le destinaban un sitio de honor en la mesa. Entre la gente rica los saleros de oro se transmitían de padres a hijos durante muchas generaciones.

Los egipcios tenían por indecente andar descalzos por la calle — según dice Plutarco. Cuando querían impedir que las mujeres salieran de su casa, les escondían el calzado.

El león y el tigre huyen del ser humano si lo ven por vez primera y es de día, pues de noche estas fieras se arriesgan a llevar su ataque, de traición.

Las aves disecadas se limpian frotándolas con magnesia fina, teniendo cuidado de no estropear las plumas, para lo cual se lleva la mano en dirección de la cabeza a la cola. Una vez limpias las plumas, se quita el polvo de magnesia con un cepillo suave.

Rudyard Kipling escribió una canción durante la guerra del Transvaal, que obtuvo tal popularidad que produjo a su autor dos millones de francos de derechos. Kipling cedió esta suma a las viudas y huérfanos de la guerra.

Los perros persiguen, y, a veces, matan a los gatos, no porque estos animales les sean realmente sus enemigos, sino en razón de un instinto atávico. En efecto, los grandes felinos — leones, tigres, leopardos — han sido y son perseguidores terribles de los caninos, y éstos ahora se la hacen pagar a sus nietos. También por instinto atávico, los carneros huyen en fila, uno tras otro. Así se veían obligados a huir en tiempos remotos en los desfiladeros y pasos angostos de las regiones montañosas de donde son oriundos.

El consumo de leche seca, es decir, de leche reducida a polvo por el calor, se generaliza entre las clases pobres de Nueva York, y a él se debe en parte la diminución de la mortalidad infantil. Una de las ventajas que ofrece es la de estar exenta de bacterias, como el cacao. Su manipulación es mucho más higiénica que la de la leche líquida. Resulta mucho más económica que esta última por ser su transporte más barato y fácil. Una vez disuelta en agua tiene las mismas propiedades que la leche líquida, siempre que se le agregue unas gotas de jugo de una fruta ácida.

A Piave se le murió un hijo, a quien había pensado dedicar al foro, y le puso en la lápida sepulcral la siguiente inscripción: "Aquí yace Juanito Piave. Murió a los dos años. Si hubiese vivido, habría sido uno de los mejores abogados de España."

El célebre novelista J. K. Huysman, atacado de un cáncer en la mandíbula, rehusó enérgicamente todo medicamento que aliviara sus dolores. Lo hizo por profunda convicción religiosa: quería sufrir a fin de purgar sus pecados y los de sus semejantes.

En el Japón está tan generalizada la cremación de los cadáveres humanos, que más de la mitad de los muertos son sometidos a ella, con evidentes ventajas higiénicas.

En el estado de Tejas paga multa la persona que llama a otra embustera sin serlo, pues se considera esa palabra como una grave ofensa al honor y a la integridad de los ciudadanos.

De los proverbios chinos más conocidos, este encierra gran sabiduría. Dice así: "Inquieta más una molestia que un dolor. El mosquito nos atormenta más por el zumbido que por el dolor de su picadura. La bofetada inquieta más por lo que agravia que por lo que duele."

La caza del zorro en Rusia, antes de la guerra, se efectuaba con animales de esa especie que se mantenían cautivos y se soltaban para ser cazados por los jinetes y las jaurías.

Desde fines de mayo hasta los primeros días de julio, en Noruega y Suecia el sol brilla noche y día, aunque con luz más pálida que la vista en nuestras latitudes. Durante todo ese tiempo no se ven las estrellas y la luna es un disco evanescente.

El uso de tambores en el ejército data del siglo XVIII. Al principio existían ciertos prejuicios contra su empleo, debido acaso a su origen: los primeros soldados que marchaban al son de tambores fueron los genízaros, renegados cristianos al servicio de los turcos. No obstante, la moda fué copiada por los austriacos y luego por los franceses y prusianos.

Una plantación de árboles de Troy (Ohío), fué invadida totalmente por los gusanos. Un aviador propuso al director de la Estación Entomológica de Ohío, esparcir sobre el plantío, desde un aeroplano, polvo insecticida a base de arsénico. La propuesta fué aceptada. Pocos minutos después de la pulverización todos los gusanos habían muerto.

Pequeñas parábolas

Por Oscar G. Ribas

LA REALIDAD

TOMA aquella estrella que brilla donosamente y préndela en tu sortija.

—¡Ah si pudiera poseerla!

—Y ¿por qué no? Haz la prueba.

—¡Locura!...

—Está tan cerca de ti como si estuviera en ti mismo. Haz la prueba.

—Bien; trataré de hacerlo.

Y pensando que era un imposible, llegó más tarde a suponer que era improbable; hasta que, pasado el tiempo y llegada la sazón, creyó en la posibilidad.

Lo he conseguido; está ya engarzada en mi sortija.

—Ya ves que es posible trasladar un astro.

—Pero el astro no está en realidad. Me he forjado la ilusión de que lo he atraído.

—¿Y lo has conseguido? ¿Lo has visto brillar en tu mano?

—Sí.

—Eso basta; pues nada vale lo del astro sino la entereza de tu espíritu, capaz de vivir sin angustias, amorosamente...

LO INÚTIL

PARA qué atravesarlo? Ahorra esfuerzos—dijo el hombre experto.

Pero el joven, frente al vasto campo estéril, se decidía a atravesarlo, a pesar de todos aquellos años ajenos que le decían una verdad.

No había realmente uno que no hubiese pasado por allí y todos regresaban del mismo modo; es decir, convencidos de que era inútil.

Y el joven emprendió la marcha. Y pasó el tiempo, y aquél regresó como los demás. Pero, como los demás, traía consigo el fruto de su esfuerzo: no volver a cruzar el campo estéril. Tan necesario es el conocimiento de lo inútil como las mismas cosas útiles.

PEQUEÑAS GRANDEZAS

LA ola, majestuosa, avanzaba. Sobre el verde misterioso de la inquieta superficie, la espuma hacía largos festones paralelos. La ola seguía avanzando hacia la playa, en un pesado ruedo gigantesco. El grumete miraba con temor la enorme superficie que traía de lejos un bramido para echarlo en la arena convertido en un ruego.

—Es inmenso—dijo el marino, que conocía el agua y la tierra.

—Demasiado inmenso...—afirmó el grumete.

—Sin embargo—agregó el marino, sumergiendo un vaso en la onda y levantándolo, luego, lleno de agua quieta y transparente:—he aquí el mar.

EL JARDINERO

AFANOSO, alegre de entusiasmo, el jardinero cultivaba su jardín. Cada día aparecía una nueva flor, y con ésta un nuevo aliento, una más fresca incitación a la vida.

Consagraba así la mejor parte de su existencia a aquel interminable producir de flores. Su pequeña heredad llegó a cubrirse de ellas, lozanas, multicolores y aromosas. La vida empezaba en el jardín y terminaba en él.

—¿Para qué tantas flores?—preguntó una vez la joven que contemplaba la incesante y afanosa labor.

Y el jardinero cortó una por una las flores, y, multiplicadas en pétalos, las fué volcando sobre los rizos de la niña.

LAS FLECHAS

ESCONDIDO en la pequeña y sabrosa uva circulaba el alcohol, tesoro líquido que la misteriosa alquimia orgánica aprovecha con prudente sabiduría. Una vez la inteligencia—arco en tensión—atravesó con una de sus más finas flechas la dulzona carne. Y comenzó a desfilar el jugo. Y como la flecha estaba envenenada, el jugo se hizo ponzoñoso. Pero la misma inteligencia que enfermó al sabroso fruto, envió más tarde otra finísima flecha que certeramente quedó clavada en la misma herida. Y como ella llevaba el antídoto, pronto cicatrizó. Y entonces, puesto el fruto en el paladar, se convenció el mismo hombre de que era más sabroso el jugo.

Por los escenarios extranjeros



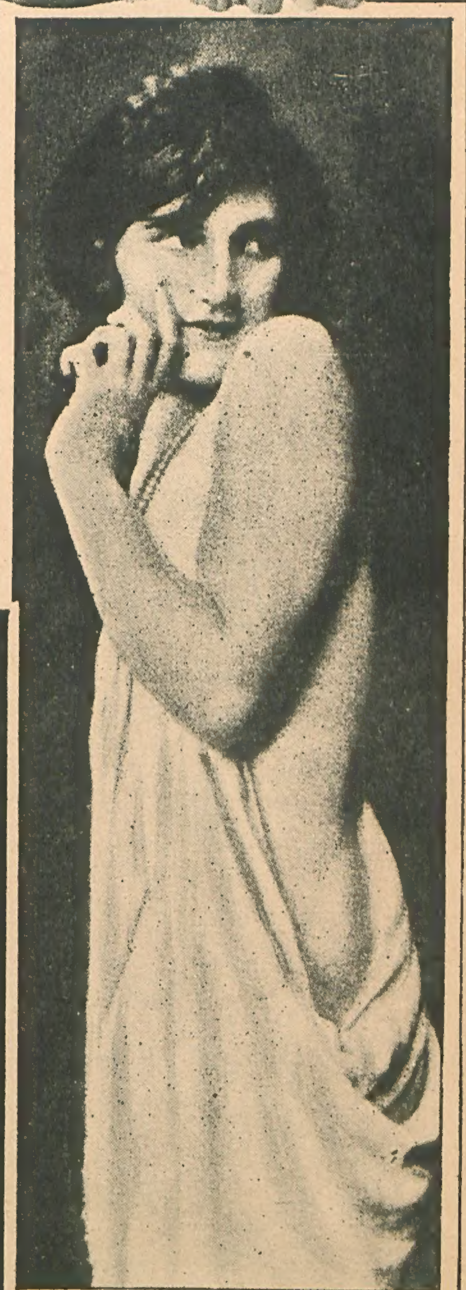


PHYLLIS MONKMAN, graciosa intérprete inglesa de comedias que está actuando en un importante teatro de Alemania, donde se ha impuesto por la flexibilidad de su temperamento

ARTISTA INGLESA DE "VAUDEVILLE" que está siendo actualmente aplaudida en París es Fay Cole, joven y bella actriz que pone mucha vivacidad en sus interpretaciones



UNA DE LAS QUE CON MÁS ARTE interpreta en Nueva York las curiosas danzas de Honolulú es la señorita Eta Clarens, quien se presenta así, tan ligeramente vestida, y con una cotorrita posada sobre su hombro



EN SAN FRANCISCO (Estados Unidos) acaba de hacer su presentación Bettye Hill, actriz de revista a quien se considera como una de las mujeres mejor formadas del mundo

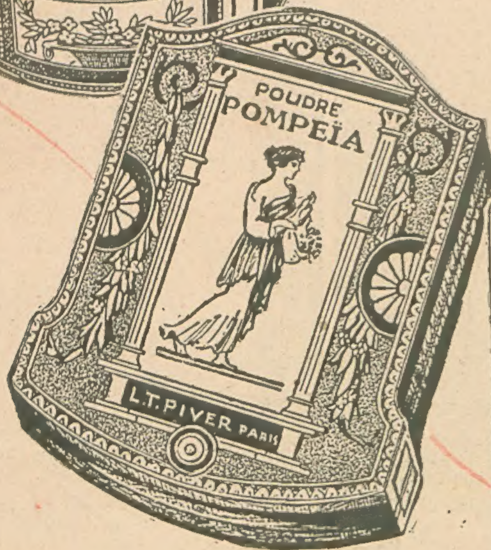
FOTO UNITED NEWSPICTURES

Parfumerie

L. T. PIVER

Paris

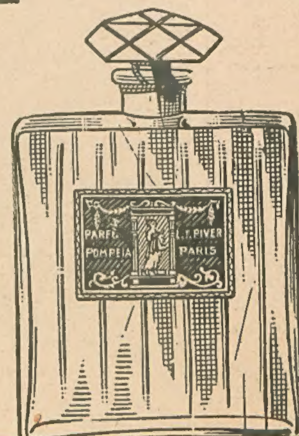






Polvos de Tocador
Loción y Extracto
POMPEÏA

Cautivan por su finura
y delicioso aroma.



IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.